



Universidad de Valladolid



ETSAVA
ESCUELA TÉCNICA SUPERIOR DE ARQUITECTURA
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

La disociación campo-ciudad: contradicciones sociales y territoriales

Trabajo Fin de Grado. 2019-2020
ETS de Arquitectura de Valladolid

Bartomeu Martorell Argemí
tutorizado por Luis Santos Ganges

La disociación campo-ciudad: contradicciones sociales y territoriales

Trabajo Fin de Grado. 2019-2020

ETS de Arquitectura de Valladolid

Dpto. Urbanismo y Representación de la Arquitectura

Bartomeu Martorell Argemí

tutorizado por Luis Santos Ganges

A mi abuela,

que siempre ha vivido entre lo rural de Soria y lo urbano de Barcelona.

Resumen

La disociación campo-ciudad expresa, en última instancia, la configuración desigual y contradictoria del territorio conforme al desarrollo histórico de las relaciones sociales de producción. Con la industrialización/urbanización de la sociedad, se sientan las bases para la comprensión actual de los procesos de urbanización. Sin embargo, como Henri Lefebvre expresó a finales de los años 60, con la "revolución urbana" las categorías campo y ciudad se diluyen, las antiguas estructuras agrarias se transforman y lo urbano se extiende globalmente. Pareciera que todo queda integrado en una nueva "sociedad urbana" en ciernes. A día de hoy, ante un mundo aparentemente globalizado, reconsideramos estos postulados y nos preguntamos: ¿siguen siendo válidas tales categorías? ¿En qué se diferencian lo rural de lo urbano en la actualidad? Exploraremos esta problemática trazando un recorrido que tendrá, como punto de partida inevitable, la industrialización de la sociedad y procuraremos aproximarnos a los debates contemporáneos en torno a esta cuestión.

Palabras clave: campo, ciudad, rural, urbano, urbanización, globalización, Lefebvre

Abstract

The rural-urban contradiction ultimately expresses the unequal and contradictory configuration of the territory, according to the historical development of the social relations of production. With the industrialization/urbanization of society, the foundations for the current understanding of urbanization processes are laid. However, as Henri Lefebvre expressed in the late 1960s, with the "urban revolution" dilutes the categories of countryside and city, transforms the old agrarian structures and the urban extends globally. It seems that everything is integrated into a new "urban society" in the making. Nowadays, we reconsider these postulates after we see a world apparently globalized. Then, we wonder: Are still acceptable these categories? What are the differences between rural and urban currently? We will explore that question starting from the industrialisation of the society and trying to approach the contemporary debates around this problem.

Key words: countryside, city, rural, urban, urbanization, globalization, Lefebvre

Índice de contenido

0. INTRODUCCIÓN	4
0.1 OBJETO Y OBJETIVOS DEL TRABAJO FIN DE GRADO	4
0.2 PERSPECTIVAS	4
0.3 HIPÓTESIS DE PARTIDA.....	6
0.4 ESTADO DE LA CUESTIÓN	6
0.5 PROCESO DE INVESTIGACIÓN	8
0.6 EXPOSICIÓN DEL TRABAJO	9
1. LAS DOS REALIDADES: CAMPO Y CIUDAD	12
2.LA CIUDAD COMO PROCESO DE ACUMULACIÓN	16
2.1. LA CONCENTRACIÓN DEL EXCEDENTE Y LA CIUDAD.....	17
2.2. HACIA LA CIUDAD INDUSTRIAL: LA INDUSTRIALIZACIÓN COMO PUNTO DE PARTIDA....	19
2.3. LA TRANSFORMACIÓN BURGUESA DE LA CIUDAD Y LA DESTRUCCIÓN DE LA ANTIGUA FORMA URBANA: UNA CUESTIÓN IDEOLÓGICA	22
3. LA URBANIZACIÓN, FENÓMENO GLOBAL: ¿HACIA UNA ERA URBANA?.....	27
4. LA REVOLUCIÓN URBANA DE HENRI LEFEBVRE	36
5. LAS CATEGORÍAS EN CUESTIÓN: CAMPO/CIUDAD, RURAL/URBANO.....	40
5.1 LO RURAL Y LO URBANO EN CRISIS. LA DIFICULTAD DE DEFINIR LOS LÍMITES ENTRE LO URBANO Y LO RURAL	40
5.2 LA CRISIS EPISTEMOLÓGICA SEGÚN NEIL BRENNER	44
6. LO URBANO Y LO RURAL ENFRENTADOS A LA GLOBALIZACIÓN: DISCURSOS CONTEMPORÁNEOS.....	47
6.1. LA GLOBALIZACIÓN	49
6.2 LA CONCILIACIÓN DE LOS OPUESTOS: LO LOCAL Y LO GLOBAL.....	53
7. CONCLUSIONES: PERMANENCIAS Y CAMBIOS.....	56
7.1 LA DIMENSIÓN FUNDAMENTAL DEL ESPACIO	56
7.2 EL PROCESO PERMANECE, LAS CATEGORÍAS CAMBIAN	57
8. FUENTES	59

o. INTRODUCCIÓN

o.1 OBJETO Y OBJETIVOS DEL TRABAJO FIN DE GRADO

El objeto de este Trabajo Fin de Grado es, en definitiva, la contradicción entre campo y ciudad. Dicho de otra forma, la configuración desigual del espacio que ha producido ámbitos aparentemente contradictorios y que podemos categorizar como propiamente urbanos o propiamente rurales. A su vez, buscaremos aproximarnos, en base a las interpretaciones de importantes autores de influencia marxista como Lefebvre, Harvey, Brenner o Soja, a los procesos sociales e históricos y geográficos que han producido tal disociación espacial.

El objetivo es la investigación, ante las increíbles transformaciones tanto históricas como geográficas que tienen su origen en el capitalismo industrial, de la situación actual de las relaciones campo/ciudad o rural/urbano y, finalmente, intentar esbozar una respuesta, o al menos aportar ciertos argumentos consistentes, a la cuestión de si campo y ciudad, rural y urbano, son realmente distinguibles, si a día de hoy sigue siendo válida tal diferencia conceptual. Sintetizando: cuáles son las permanencias y cuáles los cambios.

o.2 PERSPECTIVAS

En este punto intentaremos abordar cuáles han sido las motivaciones que han orientado este trabajo y las perspectivas de fondo desde las que se ha tratado la cuestión del campo y la ciudad. En general, se ha partido de los campos de la urbanística y la ordenación del territorio, además de la amplia rama de las ciencias sociales conocida como estudios urbanos. Dentro de estas disciplinas, sobre todo hemos hecho hincapié en las interpretaciones de inspiración marxista.

Creemos que todas las inquietudes e intereses pueden resumirse en tres puntos, los dos primeros más generales y el tercero más concreto: 1) la intención de ahondar en la comprensión de la ciudad, lo urbano y el urbanismo, que siempre me ha acompañado durante mi formación como estudiante de arquitectura; 2) la búsqueda de aproximaciones distintas y complementarias, más allá del campo de la arquitectura, en la comprensión del espacio, entendiendo este como elemento fundamental en las dinámicas sociales; 3) la experiencia personal, es decir, compartir la experiencia urbana, por ser originario de Barcelona, y la experiencia rural, por haber vivido en la provincia de Soria y haber entrado en contacto directamente con los problemas del medio rural español, la despoblación, la depresión económica, el envejecimiento, el éxodo rural, etc.

Quisiera hacer mención a que gran parte de la temática y bibliografía en la que se basa este Trabajo Fin de Grado no está directamente relacionada con la arquitectura. Evidentemente, el esfuerzo de este Trabajo Fin de Grado pasa, primero, por un ejercicio de transversalidad, de aproximación a otros ámbitos del saber con los que, desde la arquitectura, se intersecan preocupaciones temáticas. También, por entender como imprescindible cierta visión global que sirva de guía conceptual para la comprensión de la propia disciplina arquitectónica. Esto es así por la convicción personal de que la formación universitaria en el ámbito de la arquitectura, al menos desde la experiencia personal de quien escribe estas líneas, hace hincapié en aspectos que atienden más a aproximaciones muy particulares a la problemática urbana y pierden el sentido de la globalidad. La cuestión fundamental de comprender qué es la ciudad, lugar donde el ámbito profesional del arquitecto se desarrolla fundamentalmente, no puede comprenderse

solo desde una aproximación meramente arquitectónica. Buscar comprender en mejor medida la cuestión urbana me ha llevado a abordar temas complejos que no son propios de mi formación: Sociología, Geografía, Economía, Antropología, etc. La ciudad es uno de los fenómenos más complejos de nuestra sociedad, por no decir que es la misma manifestación física de la sociedad y su comprensión no puede reducirse a lo meramente físico, a la aglomeración de arquitecturas independientes, ni puede pretenderse solucionar sus problemas interviniendo simplemente en la reorganización de su espacio.

Desde una perspectiva más amplia, está implícita la reflexión sobre qué es el espacio. La forma de entenderlo en este TFG es como un constructo social que tiene su origen en las contradicciones generadas por la forma en que se estructura la sociedad. Esta idea del espacio dista mucho de entenderlo como un ente abstracto, como una categoría básica y ajena que debe ser llenada de contenido, una suerte de malla imparcial donde suceden los procesos históricos. Más bien, espacio y tiempo están interconectados, se interrelacionan, y el espacio es producto social, producto ideológico, y en él se manifiestan continuamente los conflictos sociales que mueven el mundo. Como la arquitectura (al menos tradicionalmente) trabaja principalmente con el espacio, se ha preguntado siempre sobre su naturaleza. Pero en el ámbito de la arquitectura, el espacio se comprende muchas veces como una materia inerte, como una arcilla predispuesta para el arquitecto-demiurgo, que la debe organizar pasando por encima de cualquier disputa política. Esta aproximación contribuye a tribulaciones abstractas que se pierden en definiciones vacuas y que, en la práctica, añaden más bien poco, quizás solo mayor ambigüedad y confusión. Otras veces adopta significados subjetivos, o “evoca” cosas. En definitiva, me he encontrado con definiciones poco precisas, complejas en la forma en que son expuestas, no en esencia. De esta forma, entender el espacio en toda su complejidad enriquece o amplía la concepción que tenemos sobre la propia disciplina, sobre el papel de la arquitectura, y es por ello que al final de mi formación he buscado aproximaciones más rigurosas e, inevitablemente, he topado con interpretaciones más “materiales” procedentes de otras disciplinas. Esto me ha presentado ciertas dificultades, derivadas, como he mencionado, por entrometerme en mundos nuevos.

Por otro lado, mi experiencia personal me ha familiarizado directamente con los problemas actuales del medio rural, hoy en día muy mediatizados. Quizás, la elección del tema de este TFG viene principalmente motivada por este aspecto, por el interés de indagar en el porqué de lo cotidiano que me rodea, en buscar una respuesta a por qué es de la forma en que se presenta y no de otra. En mi ambiente próximo, la despoblación, el abandono de los pueblos, el envejecimiento, etc. forman parte de lo rutinario. Es más, mis propios orígenes son resultado directo de los procesos históricos y geográficos que moldearon el territorio español. La historia del inmigrante soriano que buscó una mejor vida en la Barcelona de los 50 y acabó ocupando una de las viviendas de promoción pública en un barrio obrero, puede ser fácilmente la historia de alguno de mis ancianos vecinos, que han regresado al pueblo, la historia de algún familiar, de algún amigo o conocido, o la propia historia de mi abuela, que vivió más de 60 años en Sant Andreu, cuando aquello se comenzaba a urbanizar. De esta forma, no puedo desvincular ciertos aspectos que se abordan en este trabajo de cuestiones personales, pues en parte explican mi entorno más inmediato. Sin embargo, pese a que no podemos desvincularnos de ciertas raíces, nuestra generación no se encuentra con el mismo paisaje, este se ha visto enormemente transformado. Mi pueblo no es el mismo pueblo de mi abuela, tampoco aquel al que mi madre acudía en vacaciones y aún tenía carreteras sin asfaltar en los 80. Flota en el ambiente de nuestra generación cierto aura de nostalgia ante una pérdida que, en cierto sentido, ya no es nuestra, y

este miedo a asumir el cambio, se manifiesta en discursos locales que, por mis inclinaciones políticas, no puedo no considerarlos con escepticismo. Quizás, involuntariamente, este sea el aspecto más importante que haya motivado esta investigación: atender a lo global para dar una mejor respuesta a lo particular de mi propio entorno.

0.3 HIPÓTESIS DE PARTIDA

La contradicción marxista entre campo-ciudad, la dupla dialéctica, en esencia, servía para conceptualizar y espacializar las contradicciones inherentes a las relaciones sociales de producción. Resultaban conceptos muy claros o “potentes” para describir el proceso de apropiación del excedente del trabajo, en un inicio agrario, por parte de la clase burguesa, que quedaba bien reflejada en la ciudad.

Ahora bien, a día de hoy, aunque desde una aproximación práctica o administrativa pueda tener sentido hablar de medio rural y medio urbano, desde un punto de vista más general tales abstracciones parecen no reflejar fielmente la realidad geográfica y social. Podríamos decir que la contradicción en las relaciones sociales de producción y su traslación al espacio sigue estando, evidentemente, vigente, aunque se presenta de nuevas formas espaciales, que aunque son herencia y consecuencia del binomio industrialización/urbanización, han cambiado en gran medida debido al nuevo grado de desarrollo de las fuerzas productivas y la redefinición de la división social del trabajo (la globalización, mercado de trabajo global, flujos de inmigración internacionales, la urbanización como dice Harvey, es un proceso global...)

De esta forma, nuestra hipótesis de partida es, en definitiva, que las categorías campo y ciudad, urbano y rural, cada vez se tornan más obsoletas para catalogar los territorios.

0.4 ESTADO DE LA CUESTIÓN

A este respecto, debido a la amplia bibliografía que abarca el tema que tratamos, nos centraremos en las obras de los autores que han sido más influyentes en este TFG, haciendo un breve comentario a las aportaciones que nos han sido de mayor ayuda: Henri Lefebvre, David Harvey, Neil Brenner, Manuel Castells, Edward Soja.

Henri Lefebvre (1901 – 1991) es uno de los autores más influyentes en los estudios urbanos. A él debemos, en gran parte, la orientación de este trabajo. En los años 60, se centra profundamente en la investigación de las transformaciones del medio rural francés. Esto lo lleva a considerar que los ritmos según los cuales se estaba urbanizando la sociedad suponían un punto de inflexión, que la “revolución urbana” que se estaba presenciando conllevaría el advenimiento de una “sociedad urbana”, que tenía su origen en la industrialización de la sociedad, y que acabaría disolviendo de forma definitiva las diferencias entre campo y ciudad (entre dos mundos que se caracterizaban por la pervivencia de algunas reminiscencias del modo de producción agrario, ya en decadencia, y un modo de producción capitalista/industrial que lo terminaría por engullir). Lo urbano, a partir de ese momento, sería el aspecto fundamental de la sociedad en ciernes. Su voluntad era política, dirigida a la toma del control de ese proceso por

parte de la clase obrera. Gran parte de sus pronósticos son considerados fundamentales en la cuestión que tratamos.

Su obra ha sido enormemente influyente en los autores siguientes. Obras claves para nuestro trabajo han sido: *Le Droit à la ville* (1968), en español LEFEBVRE, Henri (1978): *De lo rural a lo urbano*. Ediciones Península, Barcelona; *La Révolution urbaine* (1970), en español: LEFEBVRE, Henri (1970): *La revolución urbana*. Alianza Editorial, Madrid; *Du rural à l'urbain*, (1970), en español: LEFEBVRE, Henri (1978): *De lo rural a lo urbano*. Ediciones Península, Barcelona

La obra de David Harvey (1935), desde su pretensión de integrar la teoría marxista en el ámbito de la geografía, nos ha servido para aportar la base teórica fundamental que permite comprender como el desarrollo histórico y contradictorio de la geografía humana encuentra su explicación en los procesos de acumulación del excedente. Es decir, la forma en que los territorios se han configurado a lo largo de la historia es, en última instancia, la manifestación espacial de las relaciones sociales de producción dominantes. Campo y ciudad pueden entenderse desde esta óptica.

Las obras que han cobrado mayor importancia en este trabajo son: *Social Justice and the city* (1973), en español: HARVEY, David (1977): *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo XXI, Madrid; HARVEY, David (2019): *La lógica geográfica del capitalismo*, Icaria editorial, Barcelona, recopilación de textos recientemente publicada en España.

Neil Brenner (1969), autor que está inserto en los debates de los estudios urbanos contemporáneos. De él hemos tomado, concretamente, la crítica al enfoque “territorialista” detrás de la categorización de los territorios en compartimentos estancos como “urbano” / “rural”, “ciudad” / “campo”. Brenner entiende que no existen, a día de hoy, características propias y excluyentes y que la división es más una abstracción que, a día de hoy, dista de representar la realidad.

Artículos clave en esta línea: BRENNER (2002): “La formación de la ciudad global y el re-escalamiento del espacio del Estado en la Europa Occidental post-fordista” en EURE vol.29, nº 86; BRENNER, Neil (2013): “Tesis sobre la urbanización planetaria” en Nueva Sociedad, nº243, pp. 38-66; BRENNER, Neil y SCHMID, Christian (2011): “Planetary Urbanization” en Urban Constellations Ed. M. Gandy, Berlin; BRENNER, Neil y SCHMID, Christian (2016): “La era urbana en debate” en EURE, vol 42, nº 127, pp 307-339

Manuel Castells (1942) es uno de los autores más ampliamente citados e influyentes en el campo de los estudios urbanos y, en general, las ciencias sociales. En particular, nos hemos centrado en su trabajo de los años 90 acerca de la globalización, haciendo énfasis en la revolución tecnológica en los campos de la información, la informática y la comunicación en general. La obra importantísima para entender en profundidad su idea de una “sociedad red” es *La era de la información*, de 1998.

Un buen resumen de sus ideas está presente en estas conferencias: CASTELLS, Manuel (2000): “Globalización, sociedad y política en la era de la Información” en Bitácora Urbano-Territorial, Vol. 4, nº1, pp 42-53; CASTELLS, Manuel (2008): “Globalización: una visión mundial”, ponencia en el Foro Internacional PUCV, Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=T6CTCGLZHjU>; CASTELLS, Manuel (2017): “Comunicación y poder”, *master class* en la Universidad de Verano del Instituto 25M Democracia. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=wPNnSMSM5og&t=2823s>

Por último, consideramos que el libro *Postmetrópolis* (2008) de Edward Soja supone un buen resumen de los debates en torno a los estudios urbanos en la actualidad. Principalmente, nos referimos a la segunda parte de su obra, en la que desarrolla seis discursos o puntos de vista distintos a la hora de comprender la “postmetrópolis”, algo así como la etapa siguiente a la metrópolis moderna y fordista, transformada tras la profunda reestructuración socioeconómica que tiene su inicio en los años 70.

SOJA, Edward W. (2008): *Postmetrópolis*. Fabricantes de Sueños, Madrid

Para mayor profundización, la demás bibliografía quedará reflejada en su apartado correspondiente, habiendo reflejado aquí la que hemos considerado esencial en este TFG.

0.5 PROCESO DE INVESTIGACIÓN

En realidad, situaremos el inicio del proceso de investigación en un trabajo anterior para la asignatura de Teoría Urbana sobre el concepto de “derecho a la ciudad” de Henri Lefebvre. En el libro *El Derecho a la Ciudad* (2017), Lefebvre expone lo que para él supone el “punto crítico”: las antiguas estructuras que conformaban el campo terminan por resquebrajarse (analiza las transformaciones en el cambio en la estructura de la propiedad de la tierra en el medio rural, así como la sociedad rural desde la sociología, entre otras). Anticipa, de esta forma, la transición desde una sociedad industrial, imponiendo el punto de partida en el binomio industrialización/urbanización, hacia una sociedad urbana, donde lo urbano acabará extendiéndose por todo el territorio y el campo y la ciudad dejarán de tener sentido como categorías enfrentadas. Esta lectura motivará el interés en estudiar cómo se había dado este proceso particularmente en España, es decir, la urbanización de la sociedad española a lo largo del s. XX. En un inicio, esta era la intención del Trabajo Fin de Grado. Por ello, me concentré en la lectura de cómo había sucedido la industrialización en España, con qué particularidades y de qué formas y cuáles habían sido sus consecuencias territoriales: el éxodo rural español y sus causas económicas; la llegada de inmigración procedente del campo a las grandes ciudades industriales de España; la evolución en la población de los municipios españoles y la consolidación de una deficiente red urbana, desequilibrada, con evidente macrocefalia; también las respuestas concretas en el ámbito de la vivienda de promoción pública. Ejemplos de estas lecturas fueron Horacio Capel, Vilà Valentí, García Barbancho, Jordi Nadal, Mario Gaviria, Fernando de Terán, etc.

El motivo era buscar responder de forma general al porqué de un territorio desequilibrado, con regiones densamente pobladas y desarrolladas en contraste con otra parte del territorio despoblada y, hasta bien entrado el s. XX, subdesarrollada. En definitiva, para mí esa era la imagen de la contradicción entre campo y ciudad en nuestro territorio y la base para comprender y el estado de la situación en la actualidad. Durante un tiempo, la investigación del caso particular de España y la lectura de aspectos propiamente teóricos coincidieron. De esta forma, comparaba simultáneamente los estudios de Kingsley Davis sobre la urbanización mundial de la población con el estudio del desarrollo de la estructura demográfica de España en esa época, o los estudios de García Barbancho; la lectura crítica del enfoque territorialista de Brenner a la forma particular en que se interpretaba desde un enfoque territorialista la formación de las distintas coronas de las mayores áreas metropolitanas del país; el “estallido de la ciudad” de Lefebvre con el crecimiento urbano de Barcelona en los años 50; la clasificación

innovadora y actual de estudios financiados por la UE sobre áreas escasamente pobladas, zonas predominantemente rurales, etc. con debates contemporáneos que proponen conceptos como la glocalización; etc.

Sin embargo, la acumulación de datos y la lectura de disciplinas tan diversas y especializadas en las que no tenía formación anterior alguna, dificultó mucho el progreso. En definitiva, el propósito resultó inabarcable al cabo de un tiempo por tener demasiados frentes abiertos y, finalmente, la investigación se centró en el aspecto teórico de la cuestión. Sin embargo, aunque no queden reflejados, la información reunida ha servido para aportar datos y ejemplos valiosos, para reforzar ideas con casos concretos y, en definitiva, para consolidar un bagaje con el que afrontar en mejor medida la reflexión teórica.

De esta forma, el proceso de investigación ha sido, en el peor de los sentidos caótico, y en el mejor de los sentidos ha tenido un carácter circular: hemos terminado considerando las ideas teóricas iniciales que motivaron el proceso, haciendo balance de ellas y reestructurándolas de forma definitiva.

o.6 EXPOSICIÓN DEL TRABAJO

1.LAS DOS REALIDADES: CAMPO Y CIUDAD: En este primer capítulo introductorio haremos una presentación breve de las dos realidades que vamos a tratar: lo que se entiende o se ha entendido por campo y ciudad, rural y urbano, sus distintas acepciones a lo largo de la historia y la ambigüedad implícita en los conceptos; también lo que, entendemos, se esconde realmente detrás de ellos. Finalmente, plantearemos las cuestiones que se desarrollarán a lo largo de todo el trabajo.

2.LA CIUDAD COMO PROCESO DE ACUMULACIÓN:

En este apartado se tratará la fundamentación marxista en la consideración de la problemática urbana y en la contradicción campo/ciudad. Haremos hincapié en el proceso de acumulación del capital como explicación, en última instancia, de las concentraciones urbanas.

2.1 LA CONCENTRACIÓN DEL EXCEDENTE Y LA CIUDAD: Partiremos de considerar el origen de la ciudad “a través de la concentración geográfica de un producto social excedente que [el modo de producción] debe ser capaz de producir y concentrar”. Es decir, la ciudad y la relación con la acumulación de tal excedente, como lugar propicio para tal fin. Servirá de premisa para entender los procesos urbanos que responden también, en la actualidad, a esto que apuntamos. En este aspecto nos centraremos en David Harvey, aunque también apuntaremos brevemente la visión de Soja, alternativa en cuanto a los orígenes mismos del urbanismo.

2.2 HACIA LA CIUDAD INDUSTRIAL: LA INDUSTRIALIZACIÓN COMO PUNTO DE PARTIDA: Haremos un breve recorrido histórico que, en definitiva, buscará abordar las diferencias entre la ciudad preindustrial y la ciudad surgida tras la industrialización. También, a grandes rasgos, las formas en las que se han configurado las relaciones campo y ciudad a lo largo de la historia. Llegados al modo de producción capitalista y la industrialización, situaremos el punto de partida para la comprensión de los procesos de urbanización actuales: el binomio industrialización/urbanización, en palabras de Lefebvre.

2.3 LA TRANSFORMACIÓN BURGUESA DE LA CIUDAD Y LA DESTRUCCIÓN DE LA ANTIGUA FORMA URBANA: UNA CUESTIÓN IDEOLÓGICA: En este punto, nos centraremos concretamente en cómo la nueva clase dirigente, la burguesía, debe modificar el espacio previo y preindustrial para adaptarlo a sus intereses propios de clase y, de forma más general, racionalizarlo en aras de la productividad y la reproducción del sistema capitalista. La técnica toma partido de forma imprescindible: la racionalización del espacio es, en definitiva, una cuestión ideológica y busca solventar los problemas surgidos con la industrialización para facilitar el proceso de acumulación del capital.

3.LA URBANIZACIÓN, FENÓMENO GLOBAL: ¿HACIA UNA ERA URBANA?: Cuando el proceso de industrialización entra en una fase de desarrollo más elevada (se ha dado en llamar capitalismo fordista) la población urbana mundial alcanza niveles históricos. La pregunta que se plantearán los testigos de este cambio será: ¿Estamos presenciando un cambio histórico, un cambio estructural? (Algunos hablan de una nueva “revolución urbana”). Aquí seguiremos al autor Kingsley Davis, por ser uno de los primeros autores que estudia la urbanización a nivel mundial y e introduciremos la crítica a su interpretación cuantitativa y territorialista del proceso de urbanización, a partir de la revisión que hace Brenner del trabajo de Kingsley Davis. Finalmente, introduciremos la idea de “revolución urbana” y “sociedad urbana” de Henri Lefebvre.

4. LA REVOLUCIÓN URBANA DE HENRI LEFEBVRE: En este capítulo abordaremos, *grosso modo*, el trabajo de Henri Lefebvre, que entendemos es un autor fundamental y sienta las bases de todas las consideraciones posteriores, ya contemporáneas. Lefebvre pronostica el nacimiento de la sociedad urbana, es decir, algo así como la sociedad postindustrial, la consecuencia lógica de las dinámicas que nacen del seno de la ciudad y hemos tratado en el primer apartado, enfatizando en la importancia del binomio industrialización/urbanización como punto de partida. Él habla del “punto crítico”, cuando comienzan a resquebrajarse las antiguas estructuras que definen el campo y la ciudad. Lo urbano se extiende más allá de la ciudad y será el factor dominante a partir de ahora.

5. LAS CATEGORÍAS EN CUESTIÓN: CAMPO/CIUDAD, RURAL/URBANO:

5.1 LO RURAL Y LO URBANO EN CRISIS. LA DIFICULTAD DE DEFINIR LOS LÍMITES ENTRE LO URBANO Y LO RURAL: En este apartado nos centramos en ciertos enfoques territorialistas de la segunda mitad del siglo XX y que plantean nuevos conceptos para referirse a los nuevos fenómenos que suceden en los límites entre lo rural y lo urbano: suburbanización, contraurbanización, periurbanización, rururbano, etc. Criticamos estos enfoques por encontrarse con problemas metodológicos al insistir en una división que, cada vez más, nos parece ficticia, abstracta. Nos sirve de puente para introducir la crítica de Neil Brenner.

5.2 LA CRISIS EPISTEMOLÓGICA SEGÚN NEIL BRENNER: Expondremos la crítica a los problemas metodológicos y, en última instancia, epistemológicas, que supone la imposición de la división de los territorios entre urbanos y rurales. Él considera que como conceptos se han vuelto inservibles para el estudio de los procesos de urbanización actuales y que es necesaria una reconceptualización. En definitiva, el estudio de los procesos de urbanización en todo el territorio, de forma indistinta.

6. LO RURAL Y LO URBANO ENFRENTADOS A LA GLOBALIZACIÓN: DISCURSOS CONTEMPORÁNEOS: Expondremos las problemáticas actuales surgidas a raíz de la fuerte reestructuración socioeconómica de después de los años 70. Nos centraremos en dos aspectos

que contribuyen en gran medida a reconsiderar la problemática campo/ciudad o rural/urbano: la globalización, por un lado, y las interrelaciones entre lo local y lo global derivadas de la globalización:

6.1 LA GLOBALIZACIÓN: En este apartado definiremos la globalización y expondremos algunas de sus consecuencias, siguiendo a autores como Edward Soja, Manuel Castells o Saskia Sassen. En definitiva, remarcaremos la interpretación de la globalización que elabora Castells, haciendo énfasis en la revolución tecnológica de las últimas décadas y la estructuración de redes de alcance global que aceleran el flujo de capital e información, en una nueva forma en que ha devenido el capitalismo del siglo XXI. En general, los procesos de urbanización han tendido a acrecentar la aglomeración de población en las mayores áreas urbanas. ¿Qué ha cambiado, en el fondo?

6.2 LA CONCILIACIÓN DE LOS OPUESTOS: LO LOCAL Y LO GLOBAL: Exploraremos el concepto de glocalización, es decir, la nueva dialéctica entre lo local y lo global que tiene como consecuencia la globalización del mundo. Esbozaremos la idea de si lo rural, atendiendo a esta lógica, y lo urbano, no son más que particularidades locales insertas en una lógica global. Lo local se reivindica, muchas veces en forma identitaria, como respuesta a las tendencias globalizantes.

7. CONCLUSIONES: PERMANENCIAS Y CAMBIOS: Haciendo un balance general de todo el contenido expuesto, intentaremos dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿qué ha permanecido y qué ha cambiado? Organizaremos la conclusión en dos apartados, uno de carácter más general, haciendo énfasis en la dimensión del espacio en los procesos por los cuales se desarrolla el espacio, y otro respondiendo de forma particular a la cuestión de si siguen siendo pertinentes las categorías campo y ciudad/ rural y urbano.

1. LAS DOS REALIDADES: CAMPO Y CIUDAD

La metonimia nos seduce a creer que seguimos hablando de lo mismo cuando hemos comenzado a hablar de algo distinto (Ramírez, 1998).

La dupla campo-ciudad muchas veces se ha presentado como una dicotomía eterna, como una abstracción que representa la mismísima lucha entre la naturaleza y el hombre o, dicho de otro modo, la forma en que el ser humano se ha impuesto a la naturaleza. Muchas veces, sobre todo desde la Arquitectura, se ha asociado *ciudad* a *civilización* y *campo* a *naturaleza*. La ciudad, ha sido considerada como sede de la civilización misma y muchas veces, cuando nos hemos preguntado sobre la ciudad, pareciera que nos preguntáramos sobre la condición misma del ser humano. Aristóteles, de esta manera, en su famosa definición del ser humano como “animal político” hacía énfasis en que este era político en la medida en que pertenecía inevitablemente a la *polis*. La ciudad siempre ha causado fascinación, pues no deja de ser el mayor y más complejo artificio de la humanidad. Robert Park, como subraya David Harvey, habla de la ciudad como “la creación más majestuosa del hombre, el más prodigioso de los artefactos humanos” (1977, p. 205).

Sería fácil concluir, después de lo dicho, que a medida que nos alejamos de la ciudad, desciende el grado de civilización y nos adentramos en lo inhóspito, en lo desconocido, en lo natural. ¿Qué le queda al campo? Visto de este modo, el campo se reduce a lo que no puede ser ciudad y a veces nos referimos él de esta forma:

La palabra campo puede tener un sentido muy lato. En esta acepción campo es todo aquello que se opone a ciudad, todo lo que no es ciudad. Es en este sentido en el que hablamos, por ejemplo, de “ir al campo”. Entonces, es campo la llanura cultivada y la vertiente montañosa, la pequeña aldea y el camino empinado, el denso bosque y el abierto matorral. En cuanto a actividades económicas, el campo comprende, así entendido, no sólo la agricultura, sino también la ganadería y la explotación forestal, es decir, el sector económico que ha sido llamado primario [...] Todo se reduce entonces a tener una idea – lo que en forma intuitiva todos tenemos – de lo que es ciudad; el resto, en definitiva, es campo (VILÁ VALENTÍ y CAPEL, 1970, pg. 13).

Ahora bien, a día de hoy, es innegable que las ideas de *campo* y *ciudad* son, como mínimo, vagas y generales y más después de las transformaciones que aquellas realidades, a las que hacemos referencia con ambas palabras, han experimentado en el último siglo. Aunque también lo han sido a lo largo de la historia. Quizás podrían entrar también en la lista de palabras del *Keywords* de Raymond Williams que, como dice Harvey, serían buenas compañeras de aquellas calificadas como las más complicadas de nuestro lenguaje (Harvey, 2019): “naturaleza”, “cultura”, “espacio” y, añadiríamos, “campo” y “ciudad”.

A modo de ejemplo, y con cierta ironía, Raymond Williams expone tal problema conceptual que hemos mencionado en su libro *El Campo y la ciudad* (2017). En su segundo capítulo titulado “Un problema de perspectiva” expone cómo, analizando la literatura inglesa de distintas épocas, se encontró con una recurrente nostalgia por parte de ciertos autores ante la siempre “reciente” pérdida de los valores y virtudes del “campo” inglés. El problema estaba en que, a medida que retrocedía en el tiempo con los propios literatos, tal “pérdida” se distanciaba más y más hasta acabar irremediadamente en una suerte de Arcadia ideal que, más allá del mundo de las ideas, poco tenía que ver con la realidad. ¿Volvemos al problema inicial, al conflicto entre civilización y naturaleza? Los autores del siglo XIX situaban tal pérdida en el siglo XVIII. Los autores del s. XVIII, en el siglo precedente; los del s. XVII, en el anterior; y así sucesivamente. Incluso, hubo un momento en que no había cultura en el mundo como la inglesa que invocara con tanto

ímpetu las bondades de su *countryside* y, a su vez, estuviera tan altamente urbanizada. (DAVOUDI y STEAD, 2002). La pregunta era clara: ¿qué le queda al campo? O ¿qué queda del campo? Su respuesta parecía ser: a día de hoy parece que nada, o tan solo la nostalgia. Esta retirada romántica también la encontramos a día de hoy en aquellos que, ante la perspectiva de un mundo en que el fenómeno urbano está extendido globalmente, de una forma sin precedentes en la historia, reaccionan invocando una suerte de neorruralismo, buscando salvar lo insalvable, quizás también lo inexistente. Deberían preguntarse quiénes eran y a qué clase social pertenecían aquellos que iban en búsqueda de la esencia de *lo inglés* en el campo. Desde luego, creemos que nada tenían que ver con las masas empobrecidas que buscaron trabajo en la naciente industria inglesa y mucho menos con aquellos irlandeses que huían del campo y el hambre que asolaba su país en esos tiempos. Tampoco con los primeros inmigrantes rurales españoles que acudieron a la industria barcelonesa a proletarizarse. Aquellos, más bien, podríamos decir que se movían por el lema de “el aire de la ciudad os hará libres”. A la vista está que la ciudad no los hizo libres, más bien los encadenó, eso sí, con otras cadenas de distintas y más modernas características.

Empecemos por el principio, empecemos por la ciudad. Convendría deslindar ciertas ambigüedades en torno al mismo significante de *ciudad* y al mismo significado al que queremos referirnos cuando invocamos la palabra en nuestro lenguaje común: de forma general se entiende ciudad desde su ámbito meramente físico, su ámbito construido o edificado, cuando la palabra *polis* quería reflejar, principalmente, la comunidad en su acepción principalmente política y la palabra *civitas* en su acepción exclusivamente humana (RAMÍREZ, 1998). La palabra ciudad, sin embargo, también sirve para referirse a las relaciones sociales que tienen cabida en el medio físico de la urbe.

Ahora hablemos del campo. El campo, como lo opuesto a la ciudad, supone una acepción demasiado amplia. El uso de la voz campo se ha limitado muchas veces a referirse estrictamente a las actividades relacionadas con la agricultura y la ganadería, es decir, al sector primario, y por extensión al paisaje resultante, estrictamente humanizado aunque de clara dominante natural. De esta forma, como señalaba Capel (1970), el campo -entendido como el *rus* en latín- ya no se opone diametralmente a la *urbs* o ciudad. Cabría considerar aquí también las categorías de *urbano* y *rural*, que quizás toman una definición más amplia, aunque muchas veces las duplas *ciudad/campo* y *urbano/rural* puede ser que se solapen e incluso hayan sido utilizadas para hablar de las mismas cosas: lo urbano como aquello que se relaciona con la ciudad y lo rural como aquello relacionado con el campo.

Pero como todo, también el campo y la ciudad, lo urbano y lo rural, están sometidos al cambio. El problema se encuentra en lo siguiente que resume Capel (1975a):

Si en épocas pasadas, anteriores a la Revolución industrial, la distinción entre lo rural y lo urbano, entre el campo y la ciudad, era, probablemente, neta e indiscutible, dicha distinción parece hoy mucho menos clara. En efecto, el desarrollo de los medios de comunicación en su sentido más amplio, es decir, de los medios de transporte y de los de transmisión de mensajes e información; la desaparición de las antiguas servidumbres de localización de la actividad económica ante las posibilidades actuales de distribución y división de energía; la homogeneización de muchas pautas de comportamiento, de formas de vida y de actitudes en relación con la elevación del nivel de vida y la acción generalizada de los medios de comunicación de masas, han contribuido en los países industrializados a borrar muchas de las antiguas diferencias entre ciudad y campo, haciendo confusa y problemática esta distinción. Es por ello por lo que no resulta ocioso plantear y discutir el problema de la definición de la ciudad, de los caracteres que se han atribuido al hecho urbano, para ver si continúa siendo posible seleccionar esta realidad como un objeto específico de nuestras investigaciones.

Esto ha planteado inconvenientes en cuanto a su definición. Convendría aquí citar a Ramírez (1998) que ante las trifulcas lingüísticas que vemos tiene a bien recordarnos la figura retórica de la metonimia. Según la RAE, la metonimia “consiste en designar algo con el nombre de otra cosa tomando el efecto por la causa o viceversa, el autor por sus obras, el signo por la cosa significada”. En palabras de Ramírez, “el cambio o desplazamiento de orden metonímico entre nombre y significado no se da por motivos de semejanza, como es el caso de la metáfora, sino con base a alguna forma de contigüidad material o figurada con respecto de aquello de lo que propiamente se habla” y continúa diciendo “la metonimia es así el más importante de los mecanismos de poder lingüístico, constantemente presente en la propaganda, la política y la planificación urbana. Su uso debiera por lo tanto advertirse más conscientemente de lo que es el caso. La metonimia nos seduce a creer que seguimos hablando de lo mismo cuando hemos comenzado a hablar de algo distinto” (Ramírez, 1998).

En definitiva, el concepto de ciudad últimamente y en una acepción mucho más amplia, se ha extendido y es utilizado muchas veces para referirse al resultado de los procesos increíblemente transformadores que tuvieron su origen en la ciudad industrial. Esta situación, a la luz de la complejidad de los procesos urbanos actuales, convierte el término en un significante cada vez más ambiguo. Aunque la palabra ciudad ha pervivido, aquella ciudad a la que hizo referencia es innegable que no. A la vez, sucede lo mismo con la dimensión a la que atañe el campo. Es decir, hablar de la ciudad en la actualidad es referirse a los efectos del proceso transformador surgido de las ciudades. De ahí la “urbanización” de la sociedad, la “urbanización” del territorio o, finalmente, la “urbanización” del campo. El “derecho a la ciudad” de Lefebvre, en una sociedad ya urbana, no puede no extenderse a todo el territorio. El campo, lo rural, a su vez ha sido transformado, ya no es solo agrario. Y la pregunta, a la vista de tales transformaciones es evidente: ¿qué cambia y qué permanece? De esta forma, insistir en entender las categorías rural/urbano, campo/ciudad como estancas, como contenedores en los que introducir los territorios, plantea ciertos problemas de índole metodológica, incluso epistemológica. El problema está en incidir en la trampa del lenguaje por encima de los hechos e, incluso, otorgarle a esta trampa categoría de existencia por encima de lo material. La realidad es cambiante y cada vez más compleja.

La dupla campo y ciudad, desde un inicio, supone contradicción y refleja, en definitiva, el desarrollo desigual de la historia trasladado al espacio, es decir, la manifestación del conflicto, de la lucha de clases, el resultado también de la contradicción entre modos de producción que luchan por expresarse, el reflejo de la desigualdad inherente a los procesos en que se produce el espacio y que deja su rastro en un paisaje desigual, polarizado, un polo que tiende a la acumulación, a la concentración, en detrimento de otro que se extingue, que pierde sus características previas, que desaparece o, mejor aún, se transforma. De esta forma, aunque haya autores que digan que la contradicción entre campo y ciudad tiende a diluirse a día de hoy, incluso que ya está superada, la otra contradicción de fondo está lejos de resolverse, nos refiramos a ella de una forma o de otra.

En conclusión, tras el binomio entre campo y ciudad se encuentran, más concretamente, las formas en que se ha estructurado el territorio de acuerdo a los modos de producción que se han sucedido y su consecuente división social del trabajo. En este aspecto veremos cómo, con la industrialización, que será inevitablemente nuestro punto de partida, la antigua relación y equilibrio entre un campo y una ciudad bien definidos y delimitados, se altera bruscamente hasta el punto en que se desdibujan sus límites y se abre la puerta al periodo actual de urbanización

generalizada. O, volviendo al principio con Marx, hasta el punto en que la ciudad definitivamente sometió al campo.

Dicho esto, seguiremos con una breve muestra de cómo han ido configurándose y transformándose, *grosso modo*, las relaciones entre campo y ciudad a lo largo de la historia de Occidente, pero manteniendo siempre presente la dupla “original” que reflejan, no como entes abstractos que preexisten, sino como reflejo de las desiguales relaciones sociales que estructuran la realidad. Nuestro objetivo será detenernos en la era de la industrialización o, más concretamente, en sus resultados posteriores, el “punto crítico” de Lefebvre, y seguidamente exponer la que fuera su hipótesis de partida para analizar su contemporaneidad: la sociedad urbana. Evidentemente, el mundo ha evolucionado mucho desde que Lefebvre expusiera sus teorías en los años 60. Sin embargo, creemos que pueden servirnos como base para la posterior reflexión sobre los fenómenos actuales, además de por haber sido, de algún modo, proféticas en la descripción de los procesos de urbanización y globalización generalizadas.

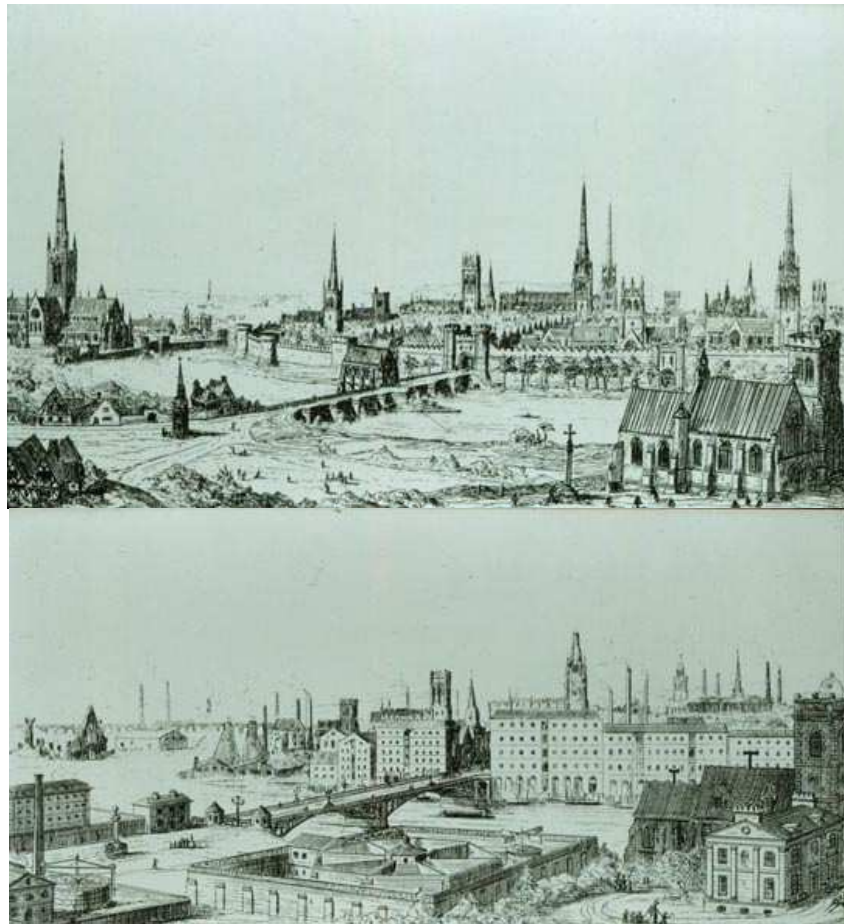


Ilustración 1: La nostalgia de los ingleses ante las transformaciones producidas a raíz de la Revolución Industrial no se reducía al “countryside”. A.W. Pugin muestra la evolución de “una ciudad católica” cualquiera y sus nuevas catedrales industriales. Fuente: Benévolo (2018)

2.LA CIUDAD COMO PROCESO DE ACUMULACIÓN

No conozco nada que sea más importante que el espectáculo que ofrece el Támesis, cuando se remonta el río desde el mar hasta el London Bridge. La masa de edificios, los astilleros de cada lado, sobre todo en la vecindad de Woolwich, los innumerables barcos alineados a lo largo de ambas riberas, que se aprietan cada vez más estrechamente los unos contra los otros y no dejan finalmente en medio del río más que un canal estrecho, por el cual se cruzan a plena velocidad un centenar de barcos de vapor -todo esto es tan grandioso, tan enorme, que uno se aturde y se queda estupefacto de la grandeza de Inglaterra aún antes de poner el pie en su suelo.

Por lo que toca a los sacrificios que todo ello ha costado, no se les descubre sino más tarde. Cuando uno ha andado durante algunos días por las calles principales, cuando se ha abierto paso penosamente a través de la muchedumbre, las filas interminables de vehículos, cuando se ha visitado los "barrios malos" de esta metrópoli, es entonces solamente cuando se empieza a notar que estos londinenses han debido sacrificar la mejor parte de su cualidad de hombres para lograr todos los milagros de la civilización de los cuales rebosa la ciudad, que cien fuerzas, que dormitaban en ellos, han permanecido inactivas y han sido ahogadas a fin de que sólo algunas puedan desarrollarse más ampliamente y ser multiplicadas uniéndose con aquellas de las demás (Engels, [2019] 1845, pp. 66-67).

En este extracto del libro de Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, el autor describe la realidad subyacente sobre la que se sustenta la obra de la ciudad, la que, como señala Harvey, citando a Robert Parker, ha sido descrita como "el intento más exitoso del ser humano de rehacer el mundo en el que vive de acuerdo con el deseo más íntimo de su corazón" (Harvey, 2008, p. 23). Pero esa obra que es la ciudad en sí misma, obra que a muchos asombra, encierra una contradicción esencial: es fruto de la acumulación del excedente del trabajo que los opresores han arrebatado a los oprimidos de la historia. Y sigue Robert Parker de la siguiente manera, "pero si la ciudad es el mundo que el ser humano ha creado, es también el mundo en el que a partir de ahora está condenado a vivir. Así pues, indirectamente y sin un sentido nítido de la naturaleza de su tarea, al hacer la ciudad, el ser humano se ha rehecho a sí mismo."

La ciudad, tal y como la conocemos hoy, tiene su origen en los profundos cambios que sufrió la sociedad a raíz de la industrialización y extensión global del modo de producción capitalista. Si bien su historia es, en muchos casos, varias veces milenaria, no sería hasta la entrada de la industria en las ciudades, dirigida por la ascendente burguesía (de origen manifiestamente urbano) cuando, como expusieron Marx y Engels en su *Manifiesto Comunista*, con el capitalismo el campo queda sometido a la ciudad, podríamos decir, de forma definitiva. El campo, entendido aquí, en parte, como unas relaciones sociales de producción preindustriales, sirve al proceso de acumulación que tiene su sede en las ciudades y aporta, no solo un capital originario para el impulso de los nuevos procesos de producción, sino también sus gentes que engrosarán las filas de la industria y contribuirán al auge del nuevo sistema económico y, por extensión, a la primacía de la ciudad sobre el campo.

Ahora bien, bajo las figuras abstractas del campo y la ciudad, bajo la contradicción campo-ciudad que presenta Marx, en verdad nos referimos al proceso de producción del espacio que afecta a todo el territorio y, como veremos más adelante, aunque en un inicio pudiera ser válido hablar de "ciudades" y de "campos", a día de hoy, cuando el proceso ya se halla en una fase muy avanzada, incluso ahora que hablamos de globalización, cada vez quedan menos rastros de lo que en un día fueron tales "campos" o "ciudades".

Es por eso por lo que, aunque la intención en general sea la de atender a las bases teóricas, *grosso modo*, de los procesos de producción del espacio en general, nos centraremos en la figura de la ciudad como fenómeno ejemplar del proceso de acumulación que ha dibujado la geografía a lo largo de la historia. Más adelante, pondremos en duda la pervivencia de la categoría de “ciudad” a la luz de los procesos de urbanización contemporáneos.

2.1. LA CONCENTRACIÓN DEL EXCEDENTE Y LA CIUDAD

Nos detendremos aquí para presentar nuestro punto de partida y nos apoyaremos en ciertas definiciones de David Harvey de su clásica obra *Urbanismo y desigualdad social* (1977). David Harvey parte de premisas marxistas para explicar el origen de la ciudad. Es decir, la sociedad debe organizarse según unas relaciones de producción determinadas que, como dice Marx, son “independientes de la voluntad de los hombres” y son necesarias e inevitables para garantizar la supervivencia y reproducción de la sociedad.

De estas relaciones sociales de producción depende, en definitiva, la manera en que las materias primas se utilizan, gestionan y distribuyen, no solo para la garantizar la supervivencia de la sociedad y su reproducción, sino también para el progreso y desarrollo de la sociedad. El modo en que esto se lleva a término podríamos llamarlo, simplificando mucho, modo de producción o, como dice Harvey, “aquellos elementos, actividades y relaciones sociales que son necesarios para producir y reproducir la vida real (material)” (Harvey, 1977, p. 208).

Los procesos sociales se manifiestan en un “medio espacialmente estructurado” por la sociedad. La ciudad es una forma estructurada del espacio que atiende a las necesidades anteriores y se entiende, de este modo, como un constructo social, como expresión espacial del modo de producción. Ahora bien, ¿cómo surge la necesidad de concentración propia de las ciudades?

La ciudad, como dice Harvey, tiene su origen “a través de la concentración geográfica de un producto social excedente que [el modo de producción] debe ser capaz de producir y concentrar” (Harvey, 1977, pg. 207). Es decir, existiría un producto agrícola excedente que, en un determinado momento, es utilizado para favorecer el desarrollo social, del cual la ciudad y el urbanismo son una característica principal. Ahora bien, “lo que es considerado excedente para unos puede ser considerado esencial para otros”. Es decir, existe un conflicto entre lo que algunos consideran necesario para el desarrollo (para su propio desarrollo) y otros no, en definitiva, existe un conflicto por el control del excedente de la producción social. Como dice Harvey, “el nacimiento del urbanismo y la apropiación del plusproducto social estuvieron ampliamente relacionados”, lo que quiere decir que la ciudad desde un inicio es una forma social propicia para la concentración, producción y control del excedente alienado.

La “secuencia tradicional” en cuanto al origen mismo de la ciudad y la civilización siempre se entiende de la siguiente forma, siguiendo a autores clásicos como Gordon Childe: primero la caza y la recolección, luego la agricultura y el sedentarismo, el origen de aldeas, ciudades y la conformación de las primeras ciudades-Estado. Se ubica temporalmente esta “revolución” hace aproximadamente 4.000 años, cuando podemos hablar realmente de “ciudades”, a pesar de que tenemos indicios de “protociudades” (Jericó, Çatal Hüyük, etc.) que datan de hace 10.000 años.

De alguna forma, se entiende que el excedente agrícola causó la ciudad, en una especie de interpretación a veces bastante mecánica. Algunos autores actuales, de entre ellos el urbanista

y geógrafo Edward Soja (2008), invierten provocativamente la secuencia clásica, enfatizando la importancia de la especificidad del espacio urbano como impulsor de la misma Revolución Neolítica. Ciertamente, esta inversión busca concederle la debida importancia a la espacialidad de los procesos sociales e históricos, entendiendo el espacio no como una trama inerte en la que los hechos suceden, sino como un factor imprescindible que interviene e incluso condiciona los hechos mismos. También busca conciliar la teoría con recientes descubrimientos que sugieren que ciudades como Jericó o Çatal Hüyük, a pesar de no presentar signos de una agricultura desarrollada (previos a la Revolución Agrícola) eran asentamientos más “urbanos” de lo que originalmente se creía. De esta forma, Soja reivindica el papel de la ciudad como originador o, siendo quizás más moderados, catalizador de los procesos, invocando el lema de “las ciudades primero”:

[...] entonces, el Neolítico o la Revolución Agrícola, así como el ulterior desarrollo de la escritura, la escritura monumental, el Estado y seguramente todos los prerrequisitos de la misma civilización, pueden ser mejor considerados fundamentalmente como surgiendo de, más que dando lugar a, los orígenes de las ciudades (Soja, 2008, p. 72).

Sin embargo, aunque original, creemos que Soja incide demasiado en una suerte de esencialismo espacial que consiste en considerar el hecho como fruto de la propia naturaleza “gregaria” de la especie humana, lo que lo lleva a invocar una especie de sentimiento de “ciudadanía” original.¹ Esta intención de espacializar el discurso histórico, más bien de espacializar la teoría marxista, está en David Harvey, quien nos causa más simpatías ideológicas.

Con todo diremos que el conflicto no está en proponer un punto de partida que se antoje como necesario, es decir, si la acumulación de excedente va primero y origina el fenómeno urbano, o a la inversa, si el fenómeno urbano es imprescindible primero y origina la acumulación de excedente. Nos contentaremos con decir que la aparición de un excedente agrícola y el mismo hecho urbano son factores que se influyen mutuamente, uno propicia la aparición del otro y viceversa: la relación entre excedente y orígenes y desarrollo del fenómeno urbano son evidentes.

Sintetizando, la ciudad, en resumidas cuentas, puede entenderse como la expresión formal (forma construida) de un determinado modo de producción dominante en un periodo determinado de la historia. La urbanización, de esta forma, está íntimamente ligada con el control, la concentración, la movilización e inversión del excedente (Harvey, 1977, p. 213) Y confirmando lo dicho anteriormente, la ciudad también es lugar en que se muestra, espacialmente, la lucha por la “adecuada definición del modo de producción” y, por tanto, como veremos adelante, se da en la historia la superposición de varias ciudades, en el seno de una misma, contradictorias (la ciudad medieval, la ciudad industrial, etc.) y que conviven y luchan por expresarse. Este es un punto importante en lo relacionado con el conflicto campo-ciudad, rural-urbano.

¹ Soja utiliza el término griego *synoikismos* (“con el propósito de capturar de un modo más nítido una de las dinámicas humanas más importantes que emerge de la misma naturaleza de la vida urbana, de aquello que puede ser vagamente denominado como ciudadanía” (Soja, 2008, p. 41)

2.2. HACIA LA CIUDAD INDUSTRIAL: LA INDUSTRIALIZACIÓN COMO PUNTO DE PARTIDA

La más importante división del trabajo físico e intelectual es la separación entre la ciudad y el campo. La oposición entre el campo y la ciudad comienza con el tránsito de la barbarie a la civilización, del régimen tribal al Estado, de la localidad a la nación, y se mantiene a lo largo de toda la historia de la civilización hasta llegar a nuestros días. (Marx y Engels, 2001, p. 41).

En la historia de la acumulación originaria hacen época todas las transformaciones que sirven de punto de apoyo a la naciente clase capitalista, y sobre todo los momentos en que grandes masas de hombres son despojadas repentinamente y violentamente de sus medios de subsistencia y lanzadas al mercado de trabajo como proletarios libres y desheredados. Sirve de base a todo este proceso la expropiación que priva de su tierra al productor rural, al campesino. (Marx, 2002, p. 104)

La separación entre ambas realidades, campo y ciudad, viene dada por un determinado desarrollo de la división social del trabajo que responde a un determinado estadio de desarrollo de las fuerzas productivas en una sociedad. Como dirá Lefebvre, siguiendo a Marx y Engels, sobre la ciudad de la Antigüedad, “la división social entre campo y ciudad se corresponde con la separación entre trabajo material y trabajo intelectual” (Lefebvre, 2017, p. 51). La ciudad se reserva entonces el derecho exclusivo de la gestión del excedente y, con esa riqueza adquirida, se reserva también el lujo de la cultura, el arte y la democracia, en el modo en que los griegos la entendían. Encontramos aquí también el origen de la tradicional división entre naturaleza y civilización. En definitiva, nos encontramos ante un mundo eminentemente agrario en el que la ciudad adquiere el papel de su dirección y gestión, o lo que es lo mismo, las funciones política, militar y religiosa. Para ilustrar tal realidad nada mejor que una descripción del historiador F.W. Walbank:

La riqueza de la República tardía se construyó, como hemos visto, sobre el sudor de las provincias, el botín de muchas guerras y el sufrimiento de innumerables esclavos que aguantaban la miseria abyecta en las plantaciones de aristócratas terratenientes residentes en Roma. Esta relación entre el terrateniente absentista y el esclavo de la plantación reproducía de forma acentuada el contraste que estaba en la civilización antigua entre la clase ociosa de la ciudad y la multitud que trabaja la tierra para sostenerla – un contraste que inspiró la famosa crítica de Rostovtzeff a las ciudades del Imperio como “colmenas de zánganos” (Walbank, 1978, p. 29)

O, cediéndole la palabra al mismo Aristóteles, quien describe perfectamente las relaciones campo-ciudad en la Antigüedad:

Sin duda, en los tiempos antiguos, los obreros eran esclavos o extranjeros, y por eso también hoy lo son la mayoría. La ciudad más perfecta no hará ciudadano al obrero.

Indudablemente, el hombre bueno, el político y el buen ciudadano no deben aprender los oficios de esa clase de subordinados, a no ser para utilizarlos personalmente de modo ocasional; si los practicaran habitualmente, dejaría de existir la distinción entre el amo y el esclavo. (Walbank, 1978, p. 31).

Con los párrafos mostrados más arriba nos podemos hacer a la idea de la íntima relación de dependencia entre las realidades del campo y la ciudad en ese momento determinado de la historia y de cuál era el papel de una para con la otra. Ahora bien, cómo ya hemos visto, la ciudad-Estado de la Antigüedad albergaba en su seno cierta fragilidad que, con el tiempo, fue causa de su pérdida. La digna de admiración hazaña imperial acabó colapsando: la economía antigua apenas había progresado; la institución del esclavismo estaba en franca decadencia; el desarrollo de la técnica, paradójicamente, llevaba estancado desde hacía siglos; las fuertes

diferencias entre la clase ociosa y dominante y las clases trabajadoras, que apenas podían extraer riquezas de su propio trabajo, limitaban mucho el mercado interior. En definitiva, el mundo antiguo se basó en expandir sus fronteras, en agrandar el Imperio y subsistir mediante el expolio de otros territorios sin aprovechar esas riquezas en el propio desarrollo interior. El golpe de gracia a un Imperio ya en decadencia lo dieron las invasiones de pueblos germánicos e iniciaron otra etapa que, en nuestro caso, trajo consigo unas nuevas relaciones entre el campo y la ciudad. (Walbank, 1978)

Tras un largo “retorno” al campo y la consiguiente instauración del régimen feudal en Europa, vemos un renacer de las ciudades con el paso del tiempo. Estas, ahora insertas en una nueva lógica, albergan una floreciente clase mercante que compite con los señores feudales. Los mercaderes ven en los restos de las antiguas urbes la oportunidad para establecer el centro de sus actividades comerciales, actuando las ciudades como aceleradores del proceso. (Lefebvre, 2017, p. 24).

La ciudad antigua, esencialmente política, da paso a unas nuevas actividades de tipo comercial, artesano y, con el tiempo, bancario. En las ciudades están las semillas del capitalismo. Finalmente, se produce un cambio: “el capitalismo comercial y bancario ha convertido en móvil la riqueza y ha constituido circuitos de intercambio, redes que permiten la transferencia de dinero”. (Lefebvre, 2017, p. 25) Y siguiendo con Lefebvre y *El derecho a la Ciudad*: “Las tierras escapan a los señores feudales para pasar a manos de capitalistas urbanos enriquecidos por el comercio, la banca y la usura”. Se constituye una red de ciudades y de este sistema complejo de relaciones que comprenden campo, ciudad y las instituciones propias que gobiernan a ambos, nace el Estado nacional. Pero, como nos dice Lefebvre, “no llegó a instaurarse un sistema urbano como tal”. Con el tiempo, prospera el comercio que llega a trascender las fronteras nacionales y la red se extiende.

Hemos vuelto a encontrarnos ante unas renovadas relaciones entre el campo y la ciudad, pero estas nada tienen que ver con las del mundo antiguo. La ciudad-Estado y su hinterland estaban fuertemente jerarquizados, con la primera en la cúspide de la pirámide. En la ciudad medieval, las clases urbanas compiten con el señor feudal, dos mundos luchando por imponerse, aunque la historia sabemos cómo terminó. Primero, tras el triunfo del incipiente Estado, representado en la monarquía absolutista, pasando por encima de los intereses de la nobleza. Segundo, con la reivindicación de la clase urbana por antonomasia, la burguesía, de participar en la vida política para llevar a cabo sus intereses.

La burguesía es urbana y debe su nombre a la ciudad, a los *burgos*. Y como tal, su revolución es manifiestamente urbana, hasta el punto que podemos decir que la Revolución Francesa fue la revolución de una ciudad, de París, extendida luego por todo el país. Pero tales transformaciones políticas iban ligadas a otras transformaciones económicas igualmente importantes y profundas. Estamos aquí en los albores de la industrialización, fenómeno también íntimamente urbano que transformó el espacio de las ciudades de una forma sin precedentes.

La industrialización significará el punto de partida para cualquier estudio que busque comprender cómo se han desarrollado las ciudades hasta la actualidad, inevitablemente herederas de la ciudad moderna, industrial y capitalista. Aunque la industria, en un inicio, no se establece en las ciudades, pues busca localizarse próxima a las materias primas y fuentes de energía, no tardará en ver en ellas su gran oportunidad. Con la entrada de la industria en las ciudades se produce el gran cambio.

La ciudad se constituye como un lugar clave para la producción regida por las condiciones que impone el nuevo modo de producción capitalista. La ciudad preindustrial, como dijo Sjöberg (1955), se caracterizaba principalmente por ser mercantil y por depender en gran medida del producto excedentario del exterior, es decir, la producción, *grosso modo*, se ubicaba fuera de la ciudad y necesitaba para su soporte y supervivencia de su hinterland. La industrialización supone, también, una diferencia tecnológica fundamental en la forma en que se explotan las materias primas: las fuentes de energía, primeramente “animadas” (la energía que pudiera disponer una persona o un animal), pasan a ser “inanimadas”, con lo cual la productividad se dispara. Una productividad incrementada, la concentración de fuerza de trabajo y una acumulación de capital previo, ya existente en las ciudades preindustriales, constituyen la receta perfecta para la reproducción del nuevo sistema en ciernes.

Siguiendo a Benévolo en el estudio del caso inglés, una de las primeras causas que sientan las bases de las posteriores transformaciones es el aumento considerable de la población. Esto viene dado por un descenso de la mortalidad que reestructura la composición demográfica de la sociedad. El antiguo equilibrio por el cual “cada generación tendía a ocupar el puesto de la generación precedente” se ve interrumpido, lo que genera un exceso de mano de obra en el campo (Benévolo, 2018).

A lo anterior hay que sumarle las igualmente importantes transformaciones económicas en la agricultura inglesa que, si bien permitieron una mejora de la productividad de la tierra, convirtieron a los antiguos agricultores en arrendatarios y jornaleros, ahora en unas condiciones que apenas superaban las mínimas para su propia subsistencia. La alternativa que se presentaba era el trabajo en la industria, primero en la misma vivienda de los aldeanos: se suministraban las materias primas a las familias y después se retiraba el producto terminado. Posteriormente, en aras de obtener una mayor productividad, llegaron innovaciones técnicas como la máquina de vapor, que revolucionaron el sector textil, y el viejo sistema quedó obsoleto. La industria textil se concentró en grandes fábricas, primero, como ya hemos dicho, cerca de las fuentes de energía. El resultado el propio Benévolo lo describe perfectamente:

[...] el desarrollo de las industrias y su concentración en grandes talleres atrajeron a numerosas familias de los distritos agrícolas del sur a los mineros del norte y centro, y las trasladaron de las aisladas viviendas de campo, a los compactos barrios construidos en las proximidades de las fábricas; así nacieron, de pronto, nuevas ciudades, y muchas de las antiguas crecieron de forma desmesurada. (Benévolo, 1981, p. 20).

La industria no tardó en ver en las ciudades su gran oportunidad: concentración de los medios de producción, disposición de un buen número de mano de obra, mercado, redes comerciales, fuentes de capital disponible, etc. La población rural emigró a la ciudad en busca de nuevas oportunidades, huyendo de la miseria del campo. El capitalista, de esta forma, contaba con su “ejército de reserva” del proletariado y las ganancias aumentaban en gran medida, ya que podía permitirse unos bajos salarios.

A este respecto es interesante un pasaje del libro *Postmetrópolis* de Edward W. Soja:

La Tercera Revolución Urbana supuso, no tanto un aumento del tamaño de las ciudades, sino más bien una recomposición expansiva de la población urbana y de la urbanización asociada en sociedades nacionales enteras. [...] Esta extraordinaria migración de masas reestructuró radicalmente las antiguas distinciones entre la ciudad y el campo, lo urbano y lo rural, *polities* e *idiotes*, lo sagrado y lo profano, para inscribir un nuevo orden urbano en el cual la producción de un excedente social no sólo estaba coordinado y controlado por la ciudad, sino que también, por primera vez en la historia, tenía lugar en la propia ciudad, dentro y alrededor del denso centro del espacio urbano. (Soja, 2008, p. 125).

A partir de entonces, urbanización e industrialización estarían íntimamente ligadas. Las antiguas ciudades “estallan”, superan con creces sus límites. Londres², que a finales del s. XVIII contaba con aproximadamente un millón de habitantes, duplica sus números en menos de una generación. La velocidad de los cambios y el crecimiento exponencial de los núcleos urbanos, que atraen como imanes a más y más población, suponen una conmoción para la época. La lucha de clases se hace explícita y bajo la riqueza que otorga el progreso se esconden los paisajes de la miseria: los barrios de la clase obrera, perfectamente descritos por Engels³, testigo de primera mano. Las ciudades, hasta entonces, apenas variaban en largos periodos de tiempo, con lo que una variación era fácilmente absorbible. En cambio, en la ciudad industrial, cuando el crecimiento se hace insostenible y caótico, urge planificarlo, racionalizarlo. No es de extrañar que nazca la disciplina del urbanismo como respuesta a los problemas de la ciudad industrial (Benévolo, 1963): las ciudades, aún encerradas en sus murallas, aumentan notablemente su población, la densidad, en consecuencia, se dispara y fruto de la congestión, que alcanzaría puntos inaceptables hasta para las clases adineradas⁴, la reforma urbana se convierte en un asunto de primer orden. Las edificaciones de la ciudad preindustrial eran destinadas a viviendas unifamiliares, donde trabajo y residencia coincidían en el mismo espacio (incluso aprendiz y patrón), pero con el tiempo se extiende la vivienda plurifamiliar, los edificios crecen en altura y albergan a más inquilinos. El hacinamiento se hace patente.

2.3. LA TRANSFORMACIÓN BURGUESA DE LA CIUDAD Y LA DESTRUCCIÓN DE LA ANTIGUA FORMA URBANA: UNA CUESTIÓN IDEOLÓGICA

Contrariamente a una visión muy extendida, el desarrollo del capitalismo industrial no provoca el fortalecimiento de la ciudad, sino su casi total desaparición como sistema institucional y social relativamente autónomo y organizado en torno a objetivos propios. Efectivamente, la constitución de la mercancía como mecanismo base del sistema económico, la división técnica como mecanismo base del sistema económico, la división técnica y social del trabajo, la diversificación de los intereses económicos y sociales en un espacio más amplio, la homogeneización del sistema institucional, ocasionan la desaparición de la fusión entre una forma espacial, la ciudad, y la esfera de la dominación de una determinada clase social, la burguesía. La difusión urbana equivale justamente a la pérdida del particularismo ecológico y cultural de la ciudad (Castells, 1991, p. 21)

En cuanto a relaciones campo y ciudad, el párrafo de Manuel Castells que utilizamos para introducir este apartado nos parece una buena síntesis de hacia dónde queremos dirigir las ideas que veremos a continuación: es interesante incidir en el aspecto (que por otro lado también señala Lefebvre) de que con el capitalismo industrial no vemos tanto el triunfo de la ciudad sino más bien el origen de un proceso que tiene su origen en la ciudad preexistente, por las razones propicias que hemos señalado con anterioridad, pero que con el tiempo conllevan la “destrucción” de la forma urbana tradicional. Podríamos decir que, a día de hoy, en una fase mucho más desarrollada y avanzada del proceso, este hecho se hace evidente e incluso, para

² “Manchester, que en la mitad del siglo XVIII era una aldea de 12.000 habitantes, se convierte en 1800 en una ciudad de 95.000, y en 1850 tiene 400.000 habitantes; entre la mitad del siglo XVIII y la del XIX, Glasgow pasó de 30.000 a 300.000 habitantes; Leeds, de 17.000 a 170.000. En Francia, Mulhouse pasó de 10.000 habitantes en 1812 a 36.000 en 1963; Roubaix tiene 8.000 en 1816 y 65.000 en 1866” (Benévolo, 1981, p. 20).

³ Imposible no hacer referencia aquí al texto *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels (2002).

⁴ No como medida altruista por parte de la burguesía, como señala Engels (2002), sino por el miedo a que las malas condiciones de salud de los barrios populares se extendieran a los barrios burgueses.

algunos autores, como Brenner (esto lo veremos en apartados posteriores) se hace necesario el cuestionar la validez de la propia categoría de “ciudad”. Aquí mostramos algunos puntos que nos sirven de ejemplo del inicio de tal proceso.

Como estamos viendo, la inserción de la industria en la ciudad se presenta, ante todo, como un proceso conflictivo también en cuanto a la forma urbana se refiere. Esto es, en definitiva, porque debe readaptarse la estructura urbana preexistente, al menos para las ciudades con largo recorrido histórico, a un nuevo modelo productivo que necesita de una nueva organización urbana acorde. Este hecho a veces ha sido descrito como un proceso de “destrucción creativa”. El caso del París de Haussmann⁵ en cuanto a los métodos de reforma urbana burguesa es un ejemplo evidente. Coincidió, además, con una de las primeras crisis capitalistas, la del año 1848, así que la reforma urbana sirvió para “matar dos pájaros de un tiro”: no solo conformar una ciudad burguesa, sino contribuir a paliar los efectos de una crisis incidiendo en el proceso de urbanización como medida de absorción de capital excedente (Harvey, 2008).

En consecuencia, París se convirtió en “la ciudad de la luz, un gran centro de consumo, turismo y placer; los cafés, los grandes almacenes, la industria de la moda y las grandes exposiciones cambiaron la vida urbana de modo que pudiera absorber excedentes mediante el consumo” (Harvey, 2008, pg. 25). Por poner un ejemplo español también paradigmático de reforma urbana burguesa: el plan de L’Eixample de Cerdà, que constituye una forma por la que la ciudad de Barcelona pasa por su particular *haussmanización*. Con el ensanche se hace posible la realización de la ciudad a imagen y semejanza de la burguesía, la conquista de la ciudad por esta clase, planificando realmente la segregación espacial y funcional, dando como resultado un espacio dividido según clases sociales y el rol que estas adquieren en la nueva jerarquía productiva. L’Eixample será el barrio burgués por excelencia, con casas adecuadas a los nuevos estándares de higiene y habitabilidad y en su arquitectura modernista encontramos el sello modernizante e ideológico de las nuevas élites. El centro histórico pasará a ser lugar de las clases populares y de la inmigración, sirviendo de puerta de entrada a la ciudad donde encontrarán su única posibilidad de alojamiento (Oyón, 2010; Capel, 1975).

El proceso de conformación morfológica de la ciudad tras la industrialización queda grabado en el paisaje urbano en una serie de transformaciones que tienen, de fondo, una impronta ideológica clara dirigida a la adaptación del espacio urbano (por extensión, del conjunto del territorio) al capitalismo industrial: empezando por la pronta destrucción de sus murallas y la reforma de su casco histórico; la construcción de ensanches para la residencia burguesa; la absorción de sus núcleos adyacentes, integrándolos como barrios; también el nacimiento de las ideas socialistas utópicas, en una forma de conciliar procesos contradictorios: Robert Owen, Charles Fourier, incluso las ideas de la ciudad-jardín inspiradas en Ebenezer Howard, en una

⁵ Extracto de Harvey: “Haussmann comprendió claramente que su misión era contribuir a resolver el problema de la existencia de capital excedente y la situación de desempleo existente mediante la urbanización. Reconstruir París absorbió enormes cantidades de trabajo y capital para la época y, suprimiendo las aspiraciones de la fuerza de trabajo parisina, fue un instrumento esencial de estabilización social. Haussmann se inspiró en los planes utópicos que fourieristas y saint-simonianos habían debatido durante la década de 1840 para remodelar París, introduciendo, no obstante, una importante diferencia, ya que transformó la escala a la que se imaginó el proceso urbano. Cuando el arquitecto Jacques Ignace Hittorff le presentó sus planes de un nuevo bulevar, Haussmann se los devolvió diciéndole: «No es suficientemente ancho [...] le has dado una anchura de 40 metros y yo lo quiero de 120 metros». Anexionó los suburbios y rediseñó barrios enteros como el de Les Halles. Para llevar a cabo estos proyectos, Haussmann precisaba de nuevas instituciones financieras y nuevos instrumentos de deuda como el Crédit Mobilier y el Crédit Immobilier, que fueron instituidos de acuerdo con líneas saint-simonianas. Haussmann ayudó, de hecho, a resolver el problema de la utilización del excedente de capital estableciendo un sistema protokeynesiano de mejoras urbanas en infraestructuras financiadas mediante el endeudamiento” (Harvey, 2008, p. 25)

especie de unión en una misma comunidad de las bondades del campo y de la ciudad; más adelante, la necesidad del poder político de atenuar los efectos de este proceso en las condiciones de vida del proletariado (hablamos del temor a la Revolución, muy real a principios de s. XX) dando como resultado la masiva promoción pública de viviendas para la clase obrera, siguiendo estándares de higiene y funcionalidad.

Todas estas transformaciones en el espacio urbano, por su rapidez y magnitud inusitadas, imponen con urgencia la necesidad de la planificación racional del proceso (planificación urbana y, en última instancia, planificación del proceso productivo). La técnica, fundada en la racionalidad científica, debe dar respuesta: el planeamiento o la ciencia urbanística nacen y, en una menor escala, la arquitectura se “refunda” y deberá tomar un nuevo rumbo y alejarse de las preocupaciones estéticas decimonónicas y centrarse en aspectos funcionales y, principalmente, en materia de vivienda.⁶ Este aspecto muestra el carácter inevitablemente ideológico de la técnica cuando trata de abordar la cuestión urbana (Lefebvre, 2017). Los problemas a los que la técnica se enfrentará los podemos resumir en dos puntos fundamentales: a) adaptar la ciudad a las nuevas relaciones sociales de producción; b) respuesta del poder político para dar una solución “necesaria” a las desigualdades sociales generadas y al movimiento obrero, que toma conciencia y se organiza. Nos servirá bien aquí recordar la frase de Le Corbusier, a todas luces cierta, y extensible a la ideología urbanística y arquitectónica, muchas veces encubierta: “La sociedad desea violentamente una cosa que obtendrá o no. Todo depende de eso, del esfuerzo que hagamos y de la atención que acordemos a esos síntomas alarmantes. Arquitectura o revolución. Podemos evitar la revolución” (Le Corbusier, 1998, p. 243).

En definitiva, el miedo a la organización y aspiraciones revolucionarias imponen una solución, en estos términos, urbanística y también arquitectónica, que busque la mejoría de las condiciones de vida sin alterar, en última instancia, las relaciones sociales de producción, permitiendo la reproducción del sistema capitalista.

A este respecto, es interesante reflexionar sobre la relación directa que existe entre la ciudad y la conformación de la nueva clase obrera y, más en concreto, como apunta Oyón, a cómo el propio espacio de la ciudad surgido de esas transformaciones (escenario de la vida cotidiana⁷ a la que se ve arrastrado el obrero en aquellos barrios), es inseparable en cierta medida de su constitución como clase. Es decir: las miserables condiciones de vida que tienen su lugar en las nuevas barriadas obreras contribuyen a la conciencia de clase por parte del proletariado. Hablamos de la ciudad, no como telón de fondo, sino como escenario activo: “La relevancia que la ciudad, y más en concreto la gran ciudad, ha tenido como caldo de cultivo de la formación del mundo obrero contemporáneo ha solido minimizar el papel del propio espacio urbano como un protagonista más de la historia de las clases populares” (Oyón, 2003). La antigua ciudad, donde si se quiere, existía una mayor convivencia interclasista, deja paso a una ciudad claramente

⁶ A este respecto, en cuanto a una interpretación materialista del Movimiento Moderno (y las tendencias arquitectónicas de la época) y la consecuente estética racionalista que se impone en la arquitectura, es interesante la obra de Manfredo Tafuri y Francesco Dal Co (1972): *De la vanguardia a la metrópoli: crítica radical a la arquitectura*, Gustavo Gili, Barcelona.

⁷ La idea de la vida cotidiana cobrará gran importancia para Henri Lefebvre: lo urbano se hace patente, de forma más inmediata, en la cotidianeidad.

segregada espacialmente donde se distinguen barrios donde viven las clases dirigentes de los propios de la clase trabajadora.⁸

Sintetizando, con la industrialización, centro de dirección de la producción y centro de producción coinciden en el mismo espacio y de esta forma las ciudades se hacen imprescindibles para el gran salto en el desarrollo de las fuerzas productivas. Con todo, la industrialización impulsará la concentración de la población en las ciudades, en un proceso que pareciera no tener fin. Sin embargo, la ciudad no volverá a ser nunca como antes. Industrialización y urbanización constituyen un binomio, de esta forma, insoluble:

Para presentar y exponer la “problemática urbana” se impone un punto de partida: el proceso de industrialización. Sin lugar a dudas, este proceso es el motor de las transformaciones de la sociedad desde hace siglo y medio. Distinguiendo entre inductor e inducido, podríamos situar como inductor al proceso de industrialización, y enumerar entre los inducidos a los problemas relativos al crecimiento y a la planificación, a las cuestiones que conciernen a la ciudad y al desarrollo de la realidad urbana, y, por último, a la importancia creciente del ocio y de las cuestiones referentes a la cultura.

La industrialización caracteriza a la ciudad moderna. Ello no supone que irremediamente debamos utilizar el término “sociedad industrial” cuando pretendamos definirla. No obstante, aunque la urbanización y la problemática de lo urbano figuren entre los efectos inducidos y no entre las causas o razones inductoras, las preocupaciones que estas palabras evocan se acentúan hasta tal punto que podríamos definir como sociedad urbana a la realidad social a nuestro alrededor. Esta definición reproduce un aspecto de importancia capital (Lefebvre, 2017, p. 23)

Introducimos el concepto de sociedad urbana que, para Lefebvre, por la importancia que toman los problemas relativos a la extensión de la urbanización y lo urbano, toman una importancia tal, que puede servir para definir “la realidad social a nuestro alrededor”. La urbanización de la sociedad, en definitiva, será la consecuencia del proceso de industrialización.

⁸ Un extracto de Oyón a cerca de las condiciones y segregación espacial en Barcelona: “El estudio del padrón de 1930 muestra que las tres figuras obreras fundamentales, los obreros cualificados, los obreros no cualificados autóctonos y los obreros no cualificados inmigrantes, tenían tres grandes escenarios donde se desarrollaba su vida cotidiana. El primero y más poblado era el de los viejos suburbios populares del Pla de Barcelona: aunque dominaban en general los jornaleros, eran frecuentes también los obreros cualificados y tampoco faltaban algunos empleados y comerciantes. Eran “pequeñas ciudades”, continuación de la mezcla de estratos sociales característica de muchos barrios populares del ochocientos donde nos encontramos desde la industria y el taller hasta el pequeño comercio especializado. El segundo escenario espacial lo formaban los barrios densificados del centro histórico, que compartían algunas de las características de tal “mezcla de capas populares”, pero donde la degradación de las viviendas, la presencia de la inmigración reciente y el hecho de estar fuertemente marcados por el comercio, por las familias monoparentales y por numerosas actividades artesanales tradicionalmente asentadas, eran hechos distintivos. En cambio, las segundas periferias, que formaban el tercer escenario, eran jóvenes espacios nacidos en los años veinte al margen de la ciudad, donde la falta de cualificación, la inmigración reciente y la precariedad residencial y urbanizadora eran los trazos definitorios” (Oyón, 2010, p. 155).



Ilustración1: La Gitanilla en Monjuïc, Francesc Català Roca retratando la Barcelona industrial de los años 50. Fuente: https://elpais.com/cultura/2013/09/17/album/1379443394_943431.html#foto_gal_10



Ilustración 2: La reforma urbana llega a la playa de Barcelona. Las chabolas de Somorrostro retratadas por el fotógrafo Ignasi Marroyo en 1964: <https://ignasimarroyo.com/coleccion/somorrostro/>

3. LA URBANIZACIÓN, FENÓMENO GLOBAL: ¿HACIA UNA ERA URBANA?

La cadena de invenciones e innovaciones que se puso en marcha con el inicio de la Revolución Industrial no solo no se ha detenido, sino que se ha acelerado, llegando a producir una conmovedora transformación en las formas de vida del hombre. Se ha producido también una espectacular innovación y perfeccionamiento de la medicina y de los sistemas mantenedores de condiciones higiénicas, gracias a la conjunción de los progresos de la química, biología, cirugía, instrumental, preparación de personal especializado, etc., con los correspondientes a la ingeniería y a la generalización de los servicios urbanos de saneamiento. La consecuencia más visible es el descenso en las tasas de mortalidad y la aceleración del crecimiento de la población mundial. Ese crecimiento tiene un rasgo característico: la urbanización. La población crece especialmente en los lugares en que ya estaba previamente concentrada, es decir, en las grandes ciudades (Terán, 1982, p. 24).

Como hemos visto, la industrialización supone un antes y un después en la configuración de los territorios. Con la consolidación del capitalismo industrial, la ciudad se convierte en lugar de concentración de capital y poder, centro de producción y dirección, y no cesa de crecer. Pareciera que, una vez encontrada la fórmula para dominar y racionalizar el rápido crecimiento por medio de la planificación, tanto económica como urbanística, el progreso será infinito y exponencial.

La sociedad mundial, en definitiva, se convierte en urbana a pasos agigantados y el campo, el mundo rural, asiste a una drástica transformación y entra en el mundo moderno, al menos, en los países occidentales.

Después de la Segunda Guerra Mundial asistimos a una época de prosperidad sin precedentes en el mundo desarrollado. Se ha hecho referencia a la ciudad que resulta de esta época como la “ciudad fordista” (Soja, 2008)⁹. La ciudad fordista y keynesiana logra su gran triunfo en el pacto social e interclasista del Estado del Bienestar: una especie de tregua en la lucha de clases entre proletariado y burguesía que garantiza el desarrollo de una forma más o menos pacífica.

⁹ Aunque no quisiéramos extendernos por no ser motivo principal de este trabajo, nos parece interesante rescatar este extracto de Harvey con respecto al fordismo para entender en mayor profundidad las causas socioeconómicas de fondo que están estrechamente relacionadas con la extensión de la urbanización y la cultura de masas: “[...] el fordismo de posguerra puede considerarse menos como un mero sistema de producción en masa y más como una forma de vida total. La producción en masa significaba uniformidad del producto, así como consumo masivo; y eso significaba una nueva estética y una mercantilización de la cultura [...]. El fordismo también se construyó sobre la estética del modernismo y contribuyó a ella – en particular con relación a sus tendencias a la funcionalidad y la eficiencia- de manera explícita, mientras que las formas de intervencionismo estatal (guiadas por principios de racionalidad técnico-burocrática) y la configuración del poder político que daba coherencia al sistema descansaban en las concepciones de una democracia económica de masas soldada por un equilibrio de fuerzas entre distintos intereses” (Harvey, 1998, p. 159). El fordismo, extendido por Europa tras la colonización cultural y económica de posguerra contribuyó, de esta forma a la extensión de la cultura de masas y la internacionalización de la economía.

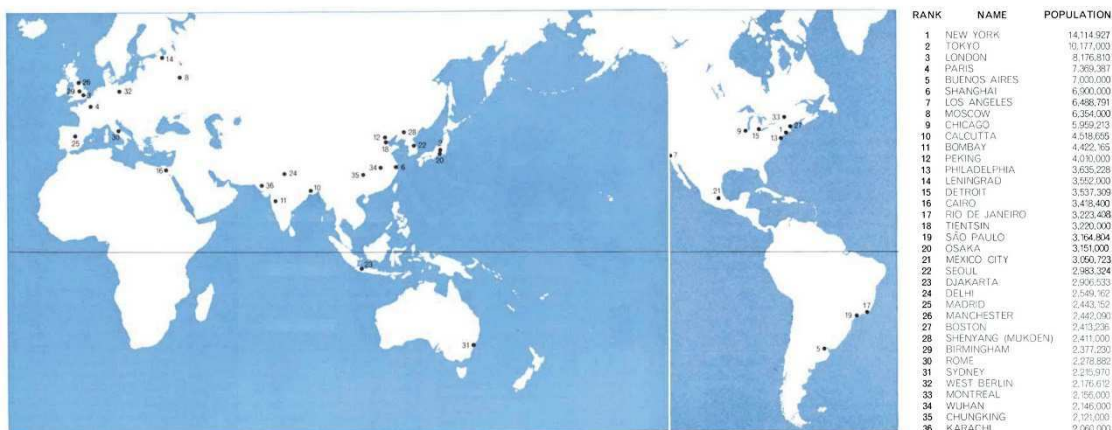


Ilustración 2: Población de los principales núcleos de población del mundo en el momento en que Kingsley Davis hace su estudio. Fuente: Davis, 1965.

El rápido crecimiento de la urbanización asombra a demógrafos, geógrafos, estudiosos de la ciudad y, en general, en todos los ámbitos de las ciencias sociales. En países fuertemente industrializados se da un fenómeno nunca antes visto: la población, por primera vez en la historia, se concentra mayoritariamente en las ciudades. A este respecto, en un artículo aparecido en la revista *Scientific American* en 1965, Kingsley Davies, destacado sociólogo americano, señalaba lo siguiente:

Before 1850 no society could be described as predominantly urbanized, and by 1900 only one -Great Britain- could be so regarded. Today, only 65 years later, all industrial nations are highly urbanized, and in the world as a whole the process of urbanization is accelerating rapidly (Davis, 1965, p. 41).

Por aquellos años, la población urbana mundial, considerando aquella que vivía en núcleos urbanos de más de 100.000 habitantes, estaba en torno al 33 por ciento. Pero el crecimiento no había sido lineal: entre 1850 y 1950, la razón entre población urbana y población total en el planeta se había incrementado en mucho con respecto al periodo entre 1800 y 1850. Pero la sorpresa llegaba cuando se entraba a considerar el periodo entre 1950 y 1960, es decir, los años en que el mismo autor escribía: en esa década el porcentaje se duplicó con respecto a los 50 años precedentes (Davis, 1965).

Kingsley Davis fue uno de los pioneros en el estudio del fenómeno, junto con sus colegas de la Universidad de Columbia. Su objeto de estudio podría resumirse en la razón, antes mencionada, entre población de las ciudades y población total de un país. De esta forma, podríamos obtener una suerte de “coeficiente de urbanización” que sería indicativo de cuán urbanizado se encuentra un territorio.

Aunque, de entrada, parezca una simplificación muy burda, lo cierto es que del análisis de Davis se desprendieron conclusiones bastante interesantes o, al menos, quedaron indicadas. Como bien señala Brenner (2016), la clave detrás de tal formalización se encuentra en que “las tasas de urbanización podían fluctuar independientemente del número de personas que vivan en las ciudades, ya que estaban supeditadas al tamaño absoluto de la población nacional”.

Es decir, hay que diferenciar entre lo que consideramos como urbanización y el mero crecimiento de la población de las ciudades (de hecho, cuando Davis escribe, el porcentaje de población urbana crece, pero la población total tiende, en los países más desarrollados, a estabilizarse, incluso a disminuir en algunos casos).

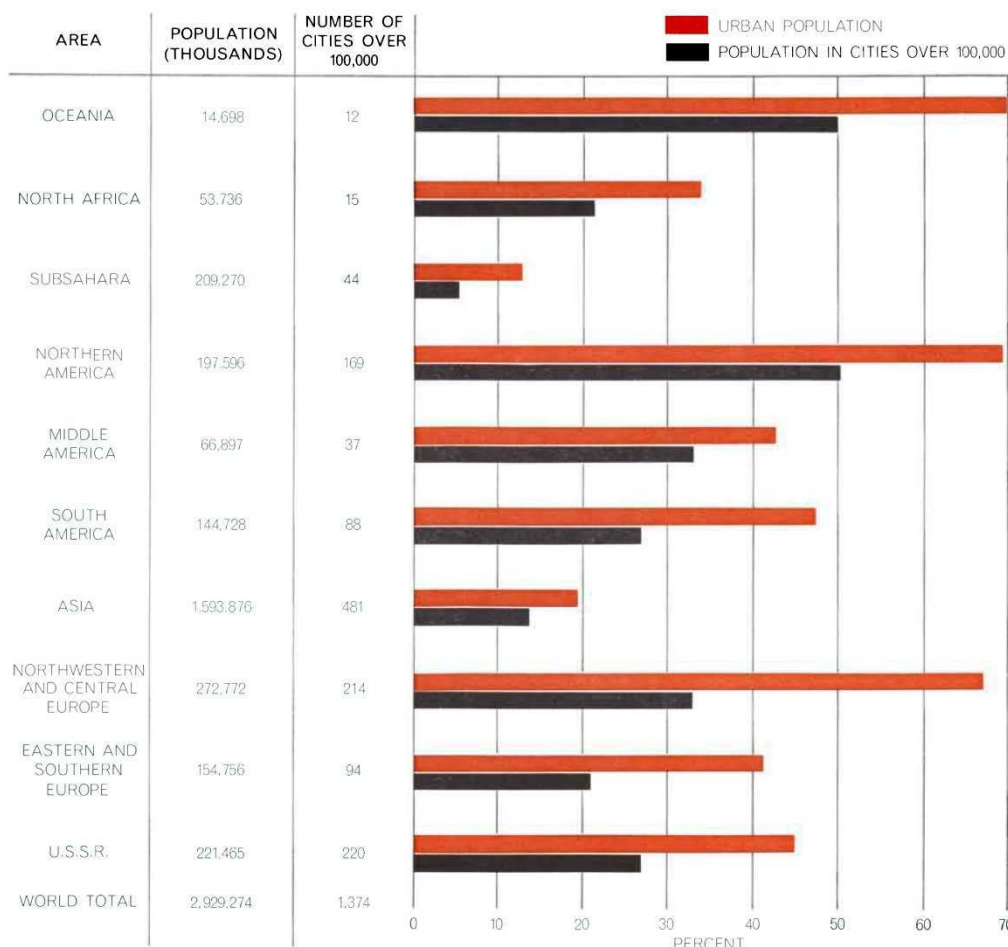


Ilustración 3: Porcentaje de población urbana según territorios y porcentaje de población urbana en ciudades de más de 100.000 habitantes. Fuente: Davis, 1965.

Esta diferencia es vital y viene a significar que el fenómeno de urbanización no tiene que ver simplemente con un aumento de la población urbana, la cual tendería a concentrarse cada vez más en las ciudades, sino que supone un cambio relativo en la propia estructura demográfica de la sociedad, que es el punto interesante en Davis. De aquí podríamos aventurarnos a suponer la hipótesis de que tal cambio relativo no es más que la prueba empírica de que ha sucedido o estaría sucediendo un cambio cualitativo mayor e irreversible, del cual la “urbanización” sería el punto de inflexión, y que nos llevaría a un nuevo “estadio urbano” de la historia.

Es decir, el proceso de urbanización se entendería como un fenómeno concreto, con un inicio y un final definido, propio de las sociedades que atraviesan un proceso de industrialización y en las que se da un cambio en el patrón de poblamiento, de una forma menos densa y más extendida por el territorio a una mayor concentración en los núcleos urbanos. De esta forma, podría coincidir el crecimiento de las ciudades con un proceso de urbanización de la sociedad que es, de hecho, lo que históricamente ocurrió en la ciudad industrial. Que las ciudades crezcan no significa necesariamente que la sociedad se esté urbanizando, más bien a la inversa, el crecimiento de las ciudades en esos años era derivado del proceso de urbanización.

Los pronósticos de Kingsley Davis indicaban que a comienzos del s. XXI el porcentaje de población urbana global superaría el 50%. Este cambio elevaba la cuestión a un hecho trascendental en la historia y, como es de suponer, dio rienda suelta a la especulación y a la

imaginación: una “era urbana” estaba por llegar. No es de extrañar que el mismo Davis dijera que, aunque claramente el mundo en su totalidad no estaba completamente urbanizado, era de prever que pronto lo estaría. Aquello que anteriormente hubiera parecido una fantasía propia de la ciencia ficción, parecía destinado a convertirse en realidad. Incluso hubo quien se aventuró a imaginarla y describirla, como es el caso del arquitecto y urbanista griego Doxiadis, que sostenía que se estaba presenciando el nacimiento de la Ecumenópolis, una suerte de red urbana que acabaría por extenderse por todo el planeta, reuniendo todas las ciudades en una sola estructura.

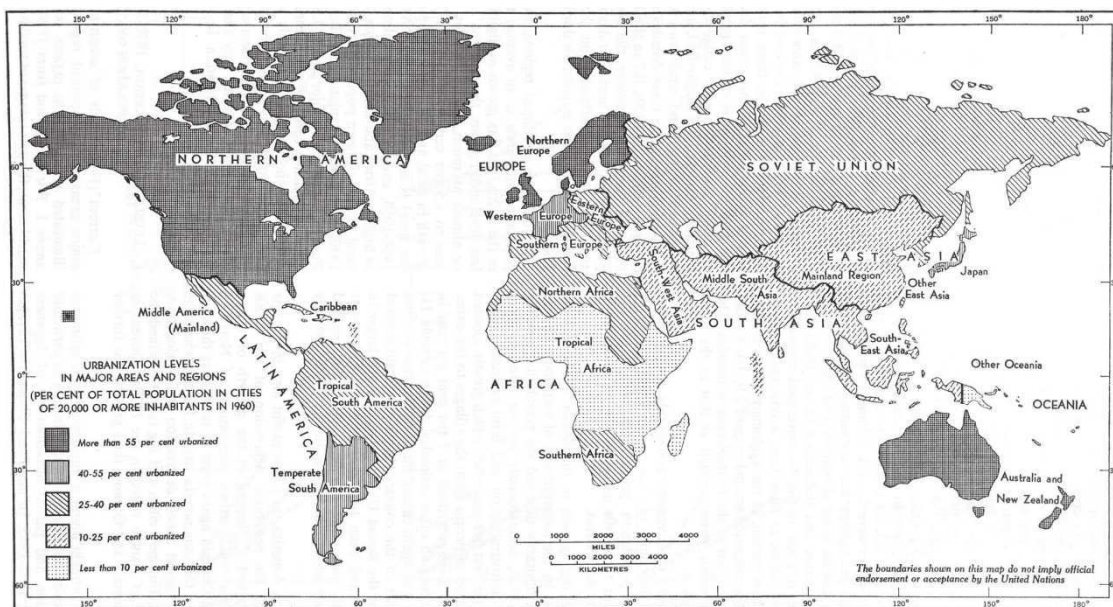


Ilustración 4: El enfoque territorialista de Davis aplicado por la ONU en 1969 para hacer un mapa atendiendo a la tasa de urbanización de cada país. Fuente: Brenner, 2016.

Muchos autores posteriores incluso lo consideraron un hecho comparable al sucedido durante la revolución neolítica, con la aparición del sedentarismo y los primeros asentamientos humanos. Esta tendencia es notable dentro de los estudios urbanos en autores como Castells, Lefebvre, Soja, del tercer tercio del s. XX y se alarga hasta nuestros días en que la idea de una “era urbana”, de una “ciudad global”, está muy extendida (Brenner, 2016):

En algún momento del próximo o los próximos dos años, una mujer dará a luz en el barrio de Lagos de Ajegunle, un joven huirá de su pueblo en el oeste de Java hacia las luces de Yakarta, o un agricultor se mudará con su empobrecida familia a uno de los innumerables pueblos jóvenes de Lima. El evento exacto no es importante y pasará totalmente desapercibido. No obstante, constituirá un punto de inflexión, comparable a la revolución neolítica o industrial. Por primera vez, la población urbana de la Tierra superará en número a la población rural (Davis, Mike citado en Brenner, 2016, p.311)

Por otro lado, otro aspecto importante sin el cual no podríamos entender el proceso de urbanización de la sociedad son las migraciones de población procedente de zonas rurales y dirigidas hacia zonas urbanas. Por el momento, siguiendo con el estudio de Davis, señalaremos unos cuantos factores determinantes, de entre los que hay que subrayar el incremento en la productividad de la agricultura gracias a la introducción de notables mejoras técnicas. Como señala el autor, la demanda de productos agrícolas es menos flexible que la demanda de servicios o productos manufacturados. Esto último, unido a un aumento en la productividad, supone una menor necesidad de mano de obra en el campo. El campesino, buscando unas

mejores condiciones de vida, es atraído por los mejores salarios de otros sectores productivos, de entre los que se encuentra la incipiente industria de la ciudad (Davis, 1965).

A este respecto es interesante hacernos eco, brevemente, de ciertas teorías económicas de la época que han servido de marco para la explicación del éxodo rural. De entre ellas, quizás, la más destacable sea la interpretación que hizo W.A. Lewis analizando los procesos de industrialización en países subdesarrollados o en vías de desarrollo en los años 50.

El modelo de desarrollo de Lewis supone la coexistencia de una economía dual, que, en nuestro caso, conviene señalar, tiene su reflejo geográfico claro en las zonas urbanas y desarrolladas y las zonas rurales y subdesarrolladas. De esta forma, en una economía que se caracteriza por exceso de mano de obra y una agricultura de productividad bajísima o de subsistencia, el campesino es “expulsado” del campo en dirección hacia el sector urbano industrial en expansión. Como señala Silvestre, “esta emigración proveniente de un sector atrasado continuaba hasta que, al haber aumentado el capital más rápidamente que la población, el excedente de mano de obra se agotaba y el salario del sector capitalista tendía a subir por encima del nivel de subsistencia” (Silvestre, 2000), lo que para nosotros es, en definitiva, la urbanización de la sociedad.

Podríamos, salvando las distancias, considerar el éxodo rural que tuvo lugar en España desde un punto de vista parecido. La importante modernización de la economía española, que tiene su inicio a mediados del s.XIX y su punto álgido durante los años del desarrollismo, dio lugar a una importante emigración campo-ciudad que alcanzó sus máximos en la década de los 60 y ha contribuido en gran medida a configurar el panorama social y geográfico posterior del país. El crecimiento de las áreas urbanas del país no puede entenderse sin la llegada masiva de inmigración procedente de las áreas rurales que, como bien señala Barbancho, no sin cierta inquietud al calificar de “nefasto” el proceso del que era testigo, se concentró en las mayores ciudades del país.¹⁰ A su vez, el éxodo rural fue uno de los hechos que contribuyó en mayor medida a polarizar el territorio, dejando tras de sí un paisaje despoblado y semidesértico pero contribuyendo e impulsando el desarrollo económico de los principales focos industriales, aportando capital humano, fuerza de trabajo.¹¹

En definitiva, la urbanización/industrialización de la sociedad supone su proletarización, es decir, una transformación en las relaciones sociales de producción y una nueva estructura de clases. Industrialización e urbanización son difícilmente separables y, realmente, son distintos prismas de un mismo proceso histórico. Podríamos decir, de forma general, que la urbanización así entendida es el reflejo espacial de tales transformaciones o más bien una de las consecuencias

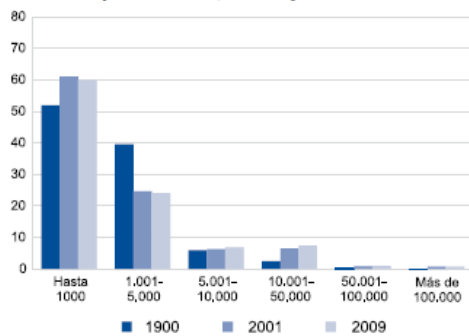
¹⁰ En el Madrid y Barcelona de 1930, ya el 40% de la población es inmigrante, en Vizcaya el 25%. En el decenio 1951/60, Barcelona, Madrid y Euskadi absorbieron el 96% de las migraciones interiores interprovinciales del país. Casi 100.000 personas por año cambiaron de residencia hacia otra provincia del país (VALENTÍ, CAPEL, 1970). Las estimaciones indican que durante este periodo en que las migraciones interiores fueron más intensas (mediados de la década de los 50 hasta finales de la década de los 60) más de 3.2 millones, siendo estos valores mínimos, cambiaron su residencia (BERNABE, ALBERTOS, 1986). Barbancho obtuvo unas cifras totales de los 60 primeros años del s. XX de 7.15 millones de personas, sin embargo, consideró que las migraciones interiores podrían haber ascendido fácilmente hasta los 10 millones de personas (Barbancho, 1967).

¹¹ En el estudio de la emigración interior española de la segunda mitad del s. XX, García Barbancho fue el autor de referencia. En 1967, ya advertía de las consecuencias de la urbanización de la sociedad española, las cuales aún son patentes a día de hoy, en cierta medida: “Esta pérdida no debe considerarse pernicioso; lo más nefasto es el ritmo a que se está produciendo la despoblación del campo y la tendencia tan polarizada de la emigración hacia muy pocos puntos del país. Por lo demás, como es bien sabido, toda reducción en las cifras absolutas y relativas de la población agraria es un síntoma de progreso y de desarrollo económico y social.” (Barbancho, 1967, pp. 389-390)

del proceso en su dimensión espacial. La ciudad, en su nueva versión, se convertirá en el paisaje propio de los nuevos tiempos y su crecimiento no cesará de acelerar hasta el punto en que, definitivamente, la población se concentre principalmente en ciudades, es decir, se vuelve “urbana” por necesidad. La urbanización, de esta forma, se ha completado.

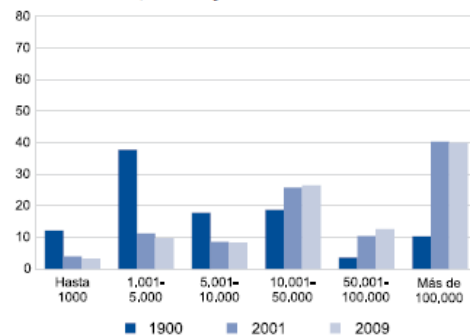
Como hemos ya mencionado, a principios del siglo XX solamente podemos hablar de Inglaterra como “país urbanizado”, pero a mediados de siglo el panorama es bien distinto: en los países de occidente, que se industrializaron primero, el grado de urbanización se ha elevado; a su vez, los países más atrasados se apuntan a la carrera por el desarrollo a pasos agigantados. Es por eso que, ante la perspectiva de un mundo definitivamente urbanizado, surge el interés por el estudio de la urbanización como fenómeno concreto.

Gráfico 3. Municipios por tramos de población. España. 1900, 2001 y 2009. Porcentaje



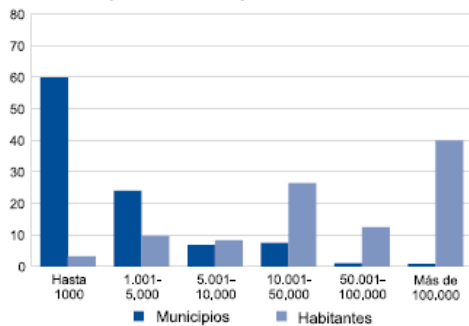
Fuente: INE (censos, padrón 2009) y Fundación BBVA-Ivie.

Gráfico 4. Habitantes por tamaño municipal. España. 1900, 2001 y 2009. Porcentaje



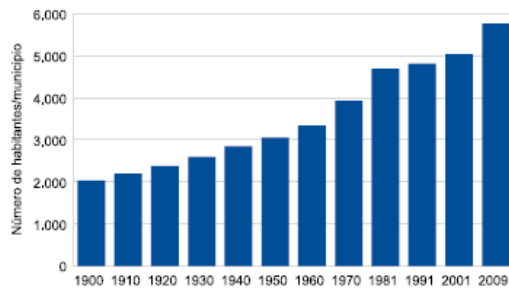
Fuente: INE (censos, padrón 2009) y Fundación BBVA-Ivie.

Gráfico 5. Municipios y habitantes por tramos de población. España. 2009. Porcentaje



Fuente: INE (padrón) y elaboración propia.

Gráfico 6. Evolución del tamaño medio municipal. 1900-2009



Fuente: INE (censos, padrón 2009) y Fundación BBVA-Ivie.

Ilustración 18: Evolución de los municipios españoles entre 1900-2009. Estas gráficas nos pueden hacer entender el intenso proceso de urbanización en España, cada vez más concentrada en aglomeraciones urbanas de mayor tamaño. Fuente: Fundación BBVA (2010): “La población en España 1900-2009”, en Cuadernos Fundación BBVA

La principal crítica que podemos hacerle a Kingsley Davis y, en general, a la corriente interpretativa de la cuestión urbana derivada de la demografía urbana, es la caracterización de lo urbano en términos estrictamente cuantitativos. Kingsley Davis basa su análisis en la delimitación de una frontera artificial entre lo supuestamente urbano y lo supuestamente rural, en un principio, en los 100.000 habitantes y, en otros análisis en los 20.000 habitantes.

¿Hasta qué punto tienen sentido para el análisis de la problemática de la urbanización la determinación exacta de un límite de población? Como es bien sabido, estos límites, por otro lado, arbitrarios, encuentran su sentido en la práctica de la administración y además varían en

cada país: en España, entendemos por ciudad cualquier municipio con más de 10.000 habitantes; en Francia, el límite se sitúa en los 2.000 habitantes.

Louis Wirth, criticó duramente este punto de vista de la demografía urbana por ser excesivamente “empirista” y “arbitrario”, simplificando la realidad a un simple criterio numérico, décadas antes. Manuel Castells, aunque atacó fervientemente a la Escuela de Chicago de la que Wirth formaba parte, coincidía con él en lo arbitrario, ahistórico y empirista del uso de “criterios de práctica administrativa” como los UPT en la caracterización de lo urbano (Brenner, 2016):

La influencia que las ciudades ejercen sobre la vida social del hombre son mayores que lo que indicaría la proporción de la población urbana, dado que la ciudad es [...] el centro de inicio y control de la vida económica, política y cultural que ha llevado a la mayoría de las partes remotas del mundo a su órbita y ha entrelazado diversas áreas, pueblos y actividades en un cosmos (Wirth citado en Brenner, 2016, p. 317).

En el fondo, nos encontramos ante un problema metodológico y la “piedra” con la que tropiezan es, en resumidas cuentas, la imposición de criterios rígidos que no responden a la fluidez y dinamismo de los fenómenos urbanos contemporáneos. Ya en los 60, la ciudad heredada, la ciudad industrial, comenzaba a explotar por efecto del tal dinamismo desenfrenado que tomaban las formas urbanas del capitalismo moderno (Brenner, 2016).

En última instancia, quizás entraba en crisis la propia concepción de “ciudad” y la imposición de esta como unidad urbana básica sobre la que partir dificultaba el análisis o la búsqueda:

Actualmente, el desigual tejido urbano resultante (Lefebvre, 2003 [1970]) está asumiendo formas policéntricas extremadamente complejas, que ya no se aproximan ni remotamente a los anillos concéntricos y gradientes de densidad lineal asociados con la ciudad industrial relativamente delimitada del siglo XIX, las formas metropolitanas de desarrollo urbano que se consolidaron durante las primeras décadas del siglo XX o, para el caso, los sistemas urbanos tendencialmente nacionalizados, que se concretaron en todos los países del norte bajo el capitalismo fordista-keynesiano (Brenner, 2016, p. 323).

Es en este aspecto que Henri Lefebvre da un paso mayúsculo en cuanto a la comprensión y caracterización de lo “urbano”, que trasciende los límites propios de lo que se había entendido hasta ese entonces como “ciudad” y, por extensión, de en qué consistía la “urbanización”. Para entender en toda complejidad qué suponía el proceso de urbanización, como hemos visto, no bastaba con limitarse al análisis de una de las dos caras de la moneda del fenómeno urbano, su base “práctico-sensible”. Lefebvre, de esta forma, apuntará la diferencia de lo que para él sería el nivel sensible de “la ciudad” y el nivel suprasensible de “lo urbano”, ambos en relación dialéctica y ambos sin razón de ser el uno sin el otro:

Será oportuno y razonable que distingamos entre una forma material y una forma social. Quizás convendría que introduyéramos aquí una distinción entre, por un lado, “la ciudad”, en cuanto que realidad presente, inmediata, dato “práctico sensible”, arquitectónico, y, por otro lado, “lo urbano, en cuanto que realidad social compuesta por relaciones que concebir, que construir o reconstruir por el pensamiento (Lefebvre, 2017, p. 71).

Es por eso que su comprensión de la realidad urbana se nos presenta mucho más rica y completa. La definición de “urbanización”, así entendida, se ensancha y no cabe dentro de los

límites antes mencionados. Para Lefebvre, la urbanización sería un proceso histórico que conlleva una transformación en todos los niveles de la realidad.

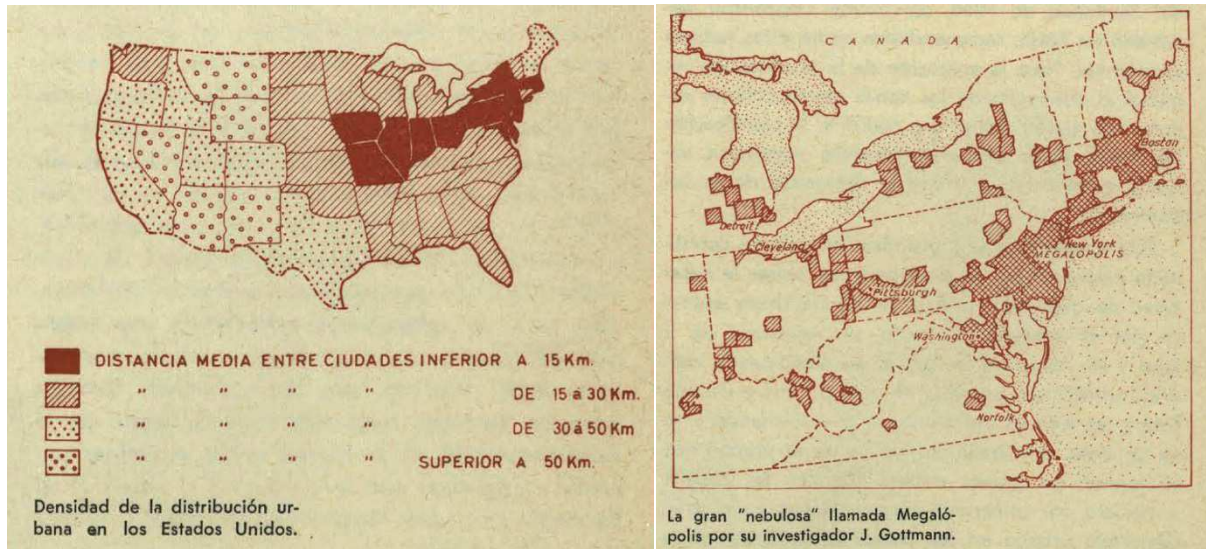


Ilustración 5: En España también tuvo repercusión entre los académicos el increíble desarrollo urbano del planeta. En 1965, la revista *Arquitectura*, vinculada al Colegio de Arquitectos de Madrid, publicaba un número extraordinario dedicado al éxodo rural y a los fenómenos de urbanización. Estas imágenes forman parte de uno de los artículos de la revista escrito por Fernando de Terán. En ellas apreciamos la megalópolis norteamericana de Gottmann, producto del extraordinario crecimiento urbano y ejemplo de "nebulosa urbana". En palabras del propio Terán: "Diversos observadores (es amplísima la actual bibliografía sobre la gran "metrópolis que estalla") han llamado la atención sobre el hecho ya bien visible de cómo el fenómeno de la urbanización no se superpone con unas demarcaciones físicas bien definidas. La urbanización de las zonas periféricas de las ciudades y de los ambientes rurales circundantes extiende formas de vida urbana sin que lleguen a crearse estructuras urbanas. Vastos espacios inorgánicos se incorporan a la urbe, absorbiendo las fronteras entre lo urbano y lo rural, formando lo que Jean Gottmann ha llamado "nebulosa urbana", para poner de manifiesto su complejidad y su falta de estructura características." (op. Cit, pp. 62-63).

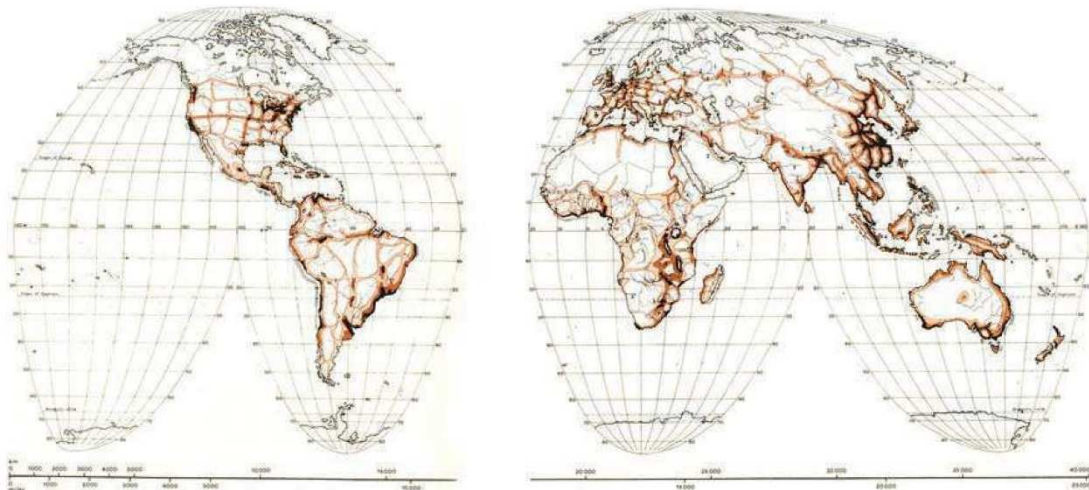


Ilustración 6: Imagen de los patrones de asentamiento de la "ecumenópolis" global de Konstantinos Doxiadis, formando "bandas" urbanizadas, visión altamente especulativa propuesta a principios de los 70s. Fuente: Brenner, 2013, extraído del original Doxiadis y Papaionnou (1974): *Ecumenopolis: the inevitable city of the future*. Norton, Nueva York.



Ilustración 7: El proceso de urbanización en España no puede entenderse sin el masivo éxodo rural que tuvo su punto álgido en la década de los 60 y que movió a un número ingente de personas hacia las grandes ciudades. El problema de la vivienda fue una cuestión de Estado. Mediante distintas instituciones se promovió la construcción de numerosos polígonos de viviendas para alojar a la clase trabajadora, en su mayoría, inmigrantes procedentes del ámbito rural. Esta foto de la época es un ejemplo de los nuevos barrios periféricos de aquellos años. Fuente: Revista Arquitectura, nº83, noviembre 1965. Número extraordinario dedicado al éxodo del campo a la ciudad.

4. LA REVOLUCIÓN URBANA DE HENRI LEFEBVRE

Como ya hemos introducido, quizás uno de los autores más originales y sensibles a este fenómeno fue Henri Lefebvre. Plenamente consciente de la realidad de su tiempo, fue capaz de anticiparse a aquello que estaba por venir y que llamó “revolución urbana”:

[...] llamaremos revolución urbana al conjunto de transformaciones que se producen en la sociedad contemporánea para marcar el paso desde el período en el que predominan los problemas de crecimiento y de industrialización (modelo, planificación, programación) a aquel otro en el que predominará ante todo la problemática urbana y donde la búsqueda de soluciones y modelos propios a la sociedad urbana pasará a un primer plano. (Lefebvre, 1970a, p. 5)

Si la urbanización, como decía Davis, es “un proceso finito, un ciclo a través del cual las naciones pasan por una transición de una sociedad agraria a una industrial” (Davis, 1965), el siguiente paso, una vez concluido el anterior, es la transición de una sociedad industrial a una postindustrial, en la que las grandes transformaciones ya han sido asimiladas, o lo que en términos lefebvrianos sería la sociedad urbana:

Para nosotros, el término “sociedad urbana” lo aplicamos a la sociedad que surge de la industrialización. Es decir, la sociedad caracterizada por un proceso de dominación y asimilación de la producción agraria. Dicha sociedad urbana no puede concebirse sino como culminación de un proceso en el que, a través de transformaciones discontinuas, las antiguas formas urbanas estallan. (Lefebvre, 1970, p. 2)

Para definir la sociedad posindustrial, es decir, aquella que nace en la industrialización y sucede a ésta, proponemos el concepto de sociedad urbana, que hace referencia, más que a una realidad palpable, a una tendencia, una orientación, una virtualidad. (Lefebvre, 1970, p. 3)

La industrialización tiende a urbanizar la sociedad y el territorio, no ya materialmente, sino también extendiendo la compleja superestructura que trae consigo la expansión de la ciudad, extendiendo el *tejido urbano*, es decir, “el conjunto de manifestaciones del predominio de la ciudad sobre el campo.” (Lefebvre, 1970, p. 4). Este es quizás uno de los puntos que más nos interesen de la teoría de Lefebvre en cuanto a las relaciones entre campo y ciudad: con la emergencia de lo urbano tiende a diluirse la frontera, antes perfectamente delimitada, entre el campo y la ciudad. Pero, tal frontera que separa ambas realidades, ¿es tan solo una frontera física?

De esta forma, Lefebvre cuando hablaba de los fenómenos urbanos no se limitaba exclusivamente a la ciudad en su dimensión “práctico-sensible”, distinguía dos categorías que nos ayudan a comprender mejor el proceso de colonización del campo por parte de la ciudad: “la ciudad”, como “forma material” y “lo urbano”, como “forma social”. La explosión urbana no solo rompe los moldes físicos, sino también redefine las relaciones sociales, expande lo urbano salido del seno material de la ciudad:

Será oportuno y razonable que distingamos entre una forma material y una forma social. Quizás convendría que introdujéramos aquí una distinción entre, por un lado, “la ciudad”, en cuanto que realidad presente, inmediata, dato práctico-sensible, arquitectónico, y, por otro lado, “lo urbano”, en cuanto que realidad social compuesta por relaciones que concebir, que construir o reconstruir por el pensamiento (Lefebvre, 2017, p. 71).

Lefebvre se interesó, en los inicios de su vida académica, por los cambios que estaban sufriendo las zonas rurales en Francia durante la posguerra. Recordemos que, en su tiempo, como él

mismo dice, “un océano de producción agrícola rodea algunos continentes e islas de vida urbana y producción industrial”. Pero el mundo rural empezaba a transformarse drásticamente. Lefebvre es testigo de cómo las antiguas estructuras agrarias, ahora en descomposición, son asimiladas por nuevas formas de agricultura ahora sometidas a los nuevos ritmos de producción capitalista. Estos cambios económicos conllevaron a su vez cambios sociológicos importantes en los que se fijará el autor.

Por ejemplo, en la región parisina, el Norte y el Este de Francia, donde ya dominaba el monopolio capitalista, surgen nuevos tipos sociales, como “el poderoso productor capitalista” que se asocia con el capitalismo de orden industrial y financiero. Este tiende a concentrar la explotación cada vez más, aunque no por ello se hace con la propiedad de las tierras explotadas, pues gran parte de ellas son arrendadas por pequeños y medianos propietarios, quienes antes las trabajaban. Estas explotaciones atraen obreros agrícolas, muchos de ellos extranjeros, y desplazan a los antiguos campesinos productores y artesanos. (Lefebvre, 1978)

En el sur de Francia, “los sectores donde predomina la pequeña explotación, la pequeña propiedad, el policultivo familiar, están en plena decadencia” y dejan paso a la aparición de grandes explotaciones. El campo se despuebla y empobrece y la riqueza se concentra en las ciudades donde viven los propietarios de las explotaciones modernizadas. En palabras de Lefebvre:

En la región parisina, el Norte y parte del Este, domina el monopolio capitalista. En esta región puede estudiarse cómodamente este nuevo tipo social ya mencionado: el poderoso productor capitalista, que posee una plantación de trigo, o remolachas asociado a menudo al capitalismo industrial financiero (fabricación de azúcar, alcohol, etc.). A veces es propietario, a veces no; pero casi siempre es arrendatario de campos pertenecientes a numerosos propietarios, pequeños o medianos. Un hecho curioso: los propietarios son para sus arrendatarios personajes insignificante. En esta región, la concentración de la explotación es enorme, sobrepasa en mucho la concentración de propiedad. Abundan las explotaciones que engloban el territorio de un pueblo, e incluso se extienden más allá de sus términos. Los pueblos se despueblan. La antigua población de campesinos productores y de artesanos es reemplazada por obreros agrícolas (alojados o no en la explotación). Estos obreros son con frecuencia de origen extranjero, reciben bajos salarios y viven en condiciones lamentables. Paralelamente, puede verse aparecer una nueva élite: mecánicos y tractoristas, especialistas, técnicos de la cría científica de ganado, etc. (Lefebvre, 1978, p. 82)

Estos y otros ejemplos, como dice Paquot (2011, p. 2), “le hacen darse cuenta de que hay otra revolución que se está realizando subrepticamente, a escala planetaria, la revolución urbana”. Es aquí cuando, según Lefebvre, nos aproximamos al punto crítico:

La sociedad urbana se anuncia mucho tiempo después de que la sociedad en su conjunto haya basculado hacia el lado de lo urbano, es decir, de la dominación urbana. Viene entonces el periodo en el que la ciudad se expande, produce periferias lejanas (arrabales) e invade el campo. Paradójicamente, en este periodo en que la ciudad se extiende desmesuradamente, la forma de la ciudad tradicional (morfología práctico-sensible o material, forma de la vida urbana) acaba estallando. El doble proceso de industrialización-urbanización produce un doble movimiento: explosión-implosión o, dicho de otro modo, dispersión-condensación. La problemática actual de la ciudad y la realidad urbana (de lo urbano) se sitúa, por tanto, alrededor de este punto crítico. (Lefebvre, 2017, p. 94)

Llegamos a un punto en que no existe de fondo el eterno enfrentamiento entre dos realidades bien definidas, el campo y la ciudad, sino que el “punto crítico” supone la inflexión que anticipa su disolución. No significa, en estos términos, la definitiva conquista del campo por parte de la ciudad, sino la completa asimilación del proceso de industrialización-urbanización que

encuentra en las antiguas ciudades su lugar idóneo, pero que las hace finalmente “estallar”; hablamos de una completa transformación que abarca y redefine todo el territorio globalmente. ¿Podemos seguir hablando de campo y de ciudad?

En resumen, nos encontramos ante una crisis mundial de la agricultura y de la vida campesina tradicional que acompaña, subyace y agrava a una crisis mundial de la ciudad tradicional. Se produce, pues, una transformación a escala planetaria. El viejo “animal rural” y el animal urbano (Marx), simultáneamente, desaparecen. ¿Pero dejan lugar al “hombre”? Este es el problema esencial. La mayor dificultad, tanto teórica como práctica deriva de la imposible urbanización de la sociedad industrializada sin que se produzca el estallido de lo que todavía denominamos como “ciudad”. Puesto que la sociedad urbana se constituye sobre las ruinas de la ciudad, ¿cómo captar los fenómenos en su totalidad y con sus múltiples contradicciones? He aquí el punto crítico. La distinción de los tres niveles (proceso global de industrialización y urbanización, sociedad urbana y plano específico de la ciudad y, finalmente, modalidades del hábitat y modalidades de lo cotidiano dentro de lo urbano) tiende a diluirse, como se diluye la distinción campo-ciudad. (Lefebvre, 2017, p. 98)

Las estructuras tradicionales del campo desaparecen por efecto de la urbanización, entendida del modo en que Lefebvre la entiende, pero a su vez las ciudades dejan de ser las mismas. En uno de sus textos, el autor contrapone la transformación reciente de la ciudad de Aix-en-Provence, a la que llamará “ciudad espontánea”, caracterizada por una trama urbana preexistente que ha tenido que adaptarse a las nuevas necesidades contemporáneas y ha visto surgir nuevos barrios, con Mourenx, de reciente creación y totalmente planificada *ex novo*, según los patrones del urbanismo funcionalista.

En el primer caso límite (Aix), comprobamos la proyección en el terreno de la estructura social de una ciudad ya existente (espontánea), en elementos a partir de ahora diferenciados. Esta proyección es el resultado de un conjunto de microdecisiones sin ilación y que buscan resolver problemas locales. La segregación social da resultados inquietantes. Está en oposición con otros fenómenos, especialmente la disolución de la clase obrera como tal en estratos en diferenciación; lo cual da lugar a tensiones y originales conflictos.

En el segundo caso límite (Mourenx), el sociólogo comprueba la proyección sobre el terreno de la estructura técnica (jerárquica, profesional) de las empresas interesadas. Esta proyección es el resultado de macrodecisiones, tomadas a escala nacional. La segregación social conduce a la cohabitación en los mismos bloques y en las mismas condiciones de las mismas categorías socioprofesionales. Lo cual inevitablemente acabará en la reconstitución sobre nuevas bases de la realidad y conciencia de clase. Esta reconstitución está favorecida por la supresión de intermediarios (artesanos y pequeños comerciantes), y obstaculizada por el aislamiento general, la monotonía y el aburrimiento (Lefebvre, 1978, pp. 112 - 113)

Esta comparación entre dos “casos límite” permite identificar a Lefebvre ciertos patrones típicos sobre la forma y carácter que han tomado las últimas transformaciones y, lo que no es menos importante, cómo perciben y experimentan los habitantes los nuevos ambientes. Lefebvre concluye que la ciudad funcional no solamente distingue e individualiza perfectamente las distintas funciones urbanas, sino que hace lo mismo con la propia función que desempeñan sus habitantes en la ciudad. Es decir, la población se distribuye en los nuevos barrios de acuerdo a su clase social y, en definitiva, al rol que desempeñan dentro de la división social del trabajo.

No es de extrañar que, ante este panorama, los propios habitantes de Mourenx dijeran lo siguiente: “No es una ciudad. No hay nada, ni iglesia, ni cementerio. Ni siquiera un paseo. ¡Y nosotros que creíamos venir al Midi...!” (Lefebvre, 1978, p. 116).

Sirve esto último, tanto para Lefebvre como para nosotros, de ejemplo de los cambios cualitativos que están sufriendo las ciudades preexistentes y de cómo los nuevos tiempos

tienden a producir un determinado tipo de espacio, un determinado tipo de ciudades. Estamos ante lo que para Lefebvre era el punto crítico que ponía en crisis tanto la ciudad histórica como las antiguas y tradicionales estructuras del campo, ante el advenimiento de la sociedad urbana en la que, ¿sigue siendo pertinente mantener la distinción campo-ciudad?



Ilustración 8: La ciudad ex novo de Mourenx que describe Lefebvre. Fuente: <https://www.cosa-paris.com/henri-lefebvre-mourenx-ville-nouvelle/>



Ilustración 9: Aix-en-Provence en los años 50-60. Fuente: <https://laixois.fr/vue-inedite-aix-provence-1950/>

5. LAS CATEGORÍAS EN CUESTIÓN: CAMPO/CIUDAD, RURAL/URBANO

Partiendo de la imposición metodológica de una frontera que marca el territorio entre lo urbano y lo rural, es evidente que existe un punto conflictivo donde las esferas de la ciudad y el campo se entrecruzan. Con el crecimiento de la ciudad, los espacios rurales contiguos se vieron transformados e incluso absorbidos por su poder de atracción e influencia. Además, los nuevos medios de transporte como el automóvil y las infraestructuras asociadas a él, como autopistas, nuevas y mejores carreteras, reducían los tiempos para salvar grandes distancias, con lo que el espacio, en términos de relaciones, se reducía, se hacía más flexible.

Henri Lefebvre estaba presenciando el proceso a finales de los años 60 y comienzos de los 70. Su libro *La Revolución Urbana* fue publicado en 1970, *El Derecho a la Ciudad* en 1968, *De lo Rural a lo Urbano*, 1970, etc. Él hizo énfasis en la estrecha relación entre industrialización y urbanización, pero ahora, la industria no sería el factor determinante. A partir de los años 70, existe, *grasso modo*, un proceso de reestructuración en la economía mundial, comienza un proceso de desindustrialización de las principales ciudades industriales del primer mundo que tienden a especializarse en servicios de dirección y gestión del proceso productivo, desplazando la industria a otros países.

También hemos hecho mención a los problemas metodológicos de fondo que tenía la aproximación desde la demografía urbana al problema de la urbanización. A continuación, veremos ciertas teorías que buscaron dar respuesta al proceso de urbanización y los fenómenos asociados que se observaron en las últimas décadas del siglo XX e insistiremos en la siguiente pregunta: ¿sigue siendo adecuado insistir en la división campo/ciudad que, a todas luces, parece presentarse cada vez más anacrónica?

5.1 LO RURAL Y LO URBANO EN CRISIS. LA DIFICULTAD DE DEFINIR LOS LÍMITES ENTRE LO URBANO Y LO RURAL

En los albores del proceso, el “estallido de la ciudad” podía ser asimilable a los límites impuestos por un enfoque territorialista de la urbanización. Ahora bien, en las últimas décadas del siglo XX, la ciudad tradicional ya ha estallado, ha mutado en complejísticas formas y el sujeto de estudio es difícilmente abarcable y llevó, inevitablemente, a reformulaciones y nuevas búsquedas conceptuales. Partiremos de un extracto de Brenner (2016) que nos servirá de base para lo siguiente que veremos:

Actualmente, el desigual tejido resultante está asumiendo formas policéntricas extremadamente complejas, que ya no se aproximan ni remotamente a los anillos concéntricos y gradientes de densidad lineal asociados con la ciudad industrial relativamente delimitada del siglo XIX, las formas metropolitanas de desarrollo urbano que se consolidaron durante las primeras décadas del siglo XX o, para el caso, los sistemas urbanos tendencialmente nacionalizados, que se concretaron en todos los países del norte bajo el capitalismo fordista-keynesiano. (Brenner, 2016, p. 323)

En este sentido, es interesante echar un vistazo a ciertos conceptos surgidos con motivo de los procesos de suburbanización de la segunda mitad del siglo XX que nos servirán para ilustrar la problemática que se erigía ante los teóricos de los estudios urbanos.

El mismo Kingsley Davis, ya en los 60, advierte que en ciertos países altamente urbanizados se observa un repunte de la población rural y lo achaca a la posibilidad de “urbanitas que simplemente viven en el campo y son clasificados como rurales” (Davis, 1965). Esto lo llevó a reconocer, explícitamente, la tendencia hacia un tipo de urbanización extendida (Brenner, 2016).

A esto hay que añadirle, además, que a partir de los años 70 en los países más altamente industrializados (tenemos que pensar en EEUU por ser lugar de origen de varios autores que siguieron esta línea), se comienza a observar un fenómeno sorprendente: las grandes ciudades, que hasta ahora habían tendido a concentrar población y crecer, comenzaban a perderla en favor de ciudades medias próximas, en favor de sus periferias.

Este fenómeno de suburbanización, en un inicio, se entendió como consecuencia de la crisis económica de los años 70, que hacía entrar en declive la economía de la ciudad. La urbanización se creía que era unidireccional: la ciudad absorbía y crecía. Sin embargo, pronto se llegó a la conclusión que el grado de industrialización y los nuevos movimientos migratorios debían tener alguna relación.

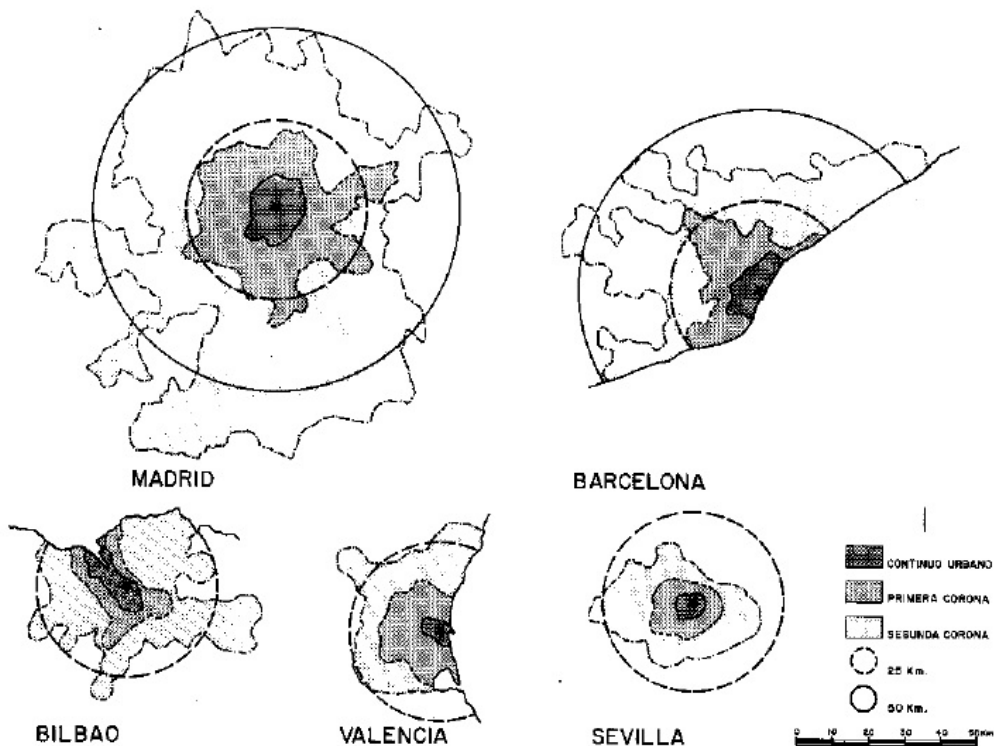


Fig. 2. Las Coronas en las grandes áreas metropolitanas.

Ilustración 10: Principales áreas metropolitanas de España en los años 90 y la extensión de sus coronas. El área de influencia de la ciudad se extiende y transforma el territorio en radios de más de 50km, en el caso de Madrid y Barcelona. Fuente: González-Urruela (1991).

Surgieron nuevos modelos espaciales que procuraban dar explicación a aquellos espacios extraños y de difícil definición, como los de *contraurbanización*, *periurbanización* o *rururbanización* que, si bien diferían en ciertas consideraciones, trataban de explicar un mismo proceso: cómo el radio de influencia de la ciudad iba más allá de la propia morfología y las poblaciones cercanas estaban sufriendo cambios estructurales debido a su proximidad a la metrópoli. Todos ellos bebían de los modelos de la ecología urbana de la Escuela de Chicago: “[...] el modelo de estructura urbana a base de anillos tiende a invadir el inmediatamente exterior, rechazando hacia afuera a los sectores sociales y actividades económicas que lo ocupan [...]”. (Climent López, 1986, p. 60)

El primero de ellos, propuesto por Berry en 1976, se refería a la disminución del crecimiento de las ciudades americanas durante los años 70, que perdían población en favor de otros núcleos de menor tamaño en una suerte de proceso de descentralización contrario a las tendencias que se habían visto hasta ese momento. La idea de “urbanización sin fin”, de progreso lineal e infinito, parecía estar en cuestión. La ciudad perdía densidad y descentralizaba sus funciones productivas, su infraestructura e incluso la residencia de sus habitantes (Ruiz, Delgado, 2008). Otro autor que profundizó en el estudio de la contraurbanización, pero en la Europa Occidental de la época, fue Fielding (1982).

El segundo de ellos, la *periurbanización*, como señalan Ruiz y Delgado, se refiere, *grosso modo*, “a la emergencia y consolidación de un cinturón rural-urbano, que implica cambios en el uso tales como nueva vivienda y la relocalización de actividades económicas, y nuevas configuraciones de transportes y comunicaciones” (Ruiz, Delgado, 2008, p. 86).

Otro concepto recurrente fue el de *rururbanización*, formulado por Bauer y Roux en 1975, y que hace énfasis en la interconexión entre espacio rural y espacio urbano producida en torno a las ciudades. Desde un punto de vista económico, es interesante señalar cómo la industria cada vez se situaba más alejada de los centros de las ciudades, es decir, estas descentralizaban sus funciones productivas (Climent López, 1986).

Sin embargo, como hemos visto, la cuestión no se limitaba exclusivamente a una mera frontera física, a fenómenos exclusivamente morfológicos, sino que intervenían factores también superestructurales, ni tampoco resultaba razonable simplificarlo todo en un modelo tan rígido y espacialmente delimitado. Hay quienes preferían hablar de un *continuum*, de ciertas diferencias de gradación que irían de lo más urbano a lo menos urbano (o más rural), efecto de su aislamiento. Desde este punto de vista, la ruralidad se asocia con la depresión económica, con la lejanía al desarrollo (Baigorri, 1995).

Por otro lado, la cultura de masas tendía a extenderse por un territorio cada vez mejor conectado, con la aparición y generalización de medios de comunicación que hacían la propagación de la información cada vez más fácil y rápida. Lefebvre entendió esto como uno de los síntomas de la emergencia de la nueva sociedad urbana, como ya hemos mencionado. Más tarde, otros autores hablarían, incluso, de la nueva sociedad de la información, como es el caso de Manuel Castells. En definitiva, surgía otra pregunta: ¿qué diferenciaba, más allá del espacio físico donde cada uno viviera, al habitante de la ciudad del habitante del campo? A este respecto son interesantes ciertas reflexiones de Horacio Capel acerca de la urbanización generalizada:

No solo la mitad de la población mundial es ya estadísticamente urbana, sino que otra parte lo es también de hecho, por sus comportamientos sociales, por residir en núcleos pequeños cerca de una metrópolis o incluida en regiones urbanas. [...] Lo rural casi va quedando intercalado en lo urbano, como áreas agrícolas residuales, parques naturales y espacios protegidos; o permanece en áreas

alejadas y retrasadas. Las poblaciones que habitan los espacios rurales- si no están totalmente incomunicados- forman parte ya, generalmente, de la cultura urbana, con algunas especificidades que habría que mostrar con estudios empíricos. (Capel, 2010)

Desde un punto de vista teórico, cada vez tenía menos sentido el seguir haciendo hincapié en la dicotomía clásica entre campo y ciudad. Artemio Baigorri, que se acerca a la problemática desde la sociología, defendía a finales de los 90 que carecía de sentido seguir manteniendo una separación epistemológica entre Sociología Rural y Sociología Urbana, pues “lo urbano ya no está solamente en las ciudades” (BAIGORRI, 1995). Y prosigue diciendo que “únicamente allí donde las formas de intercambio y de relación no sean de tipo capitalista podríamos hablar tal vez de cultura rural, es decir preindustrial, y en este sentido precapitalista.” (Baigorri, 1995, p. 3)

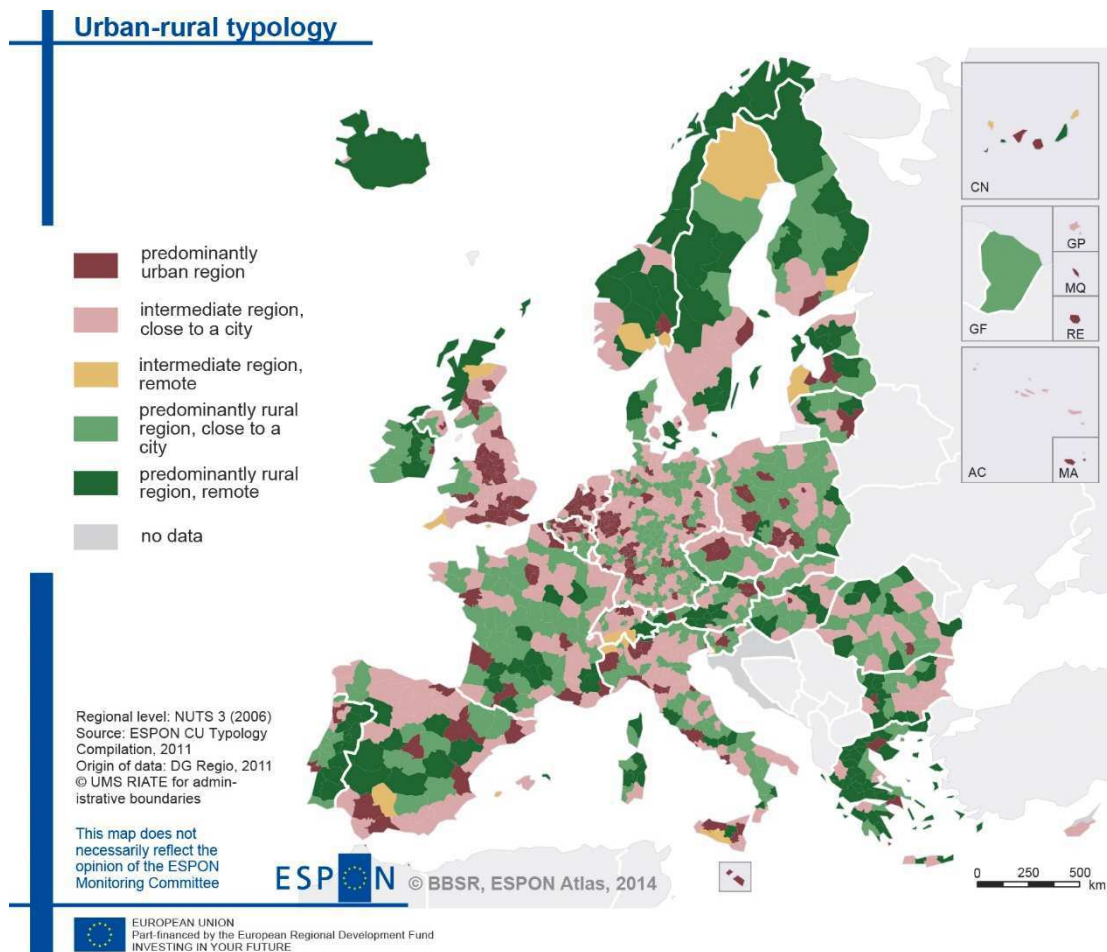


Ilustración 11: Tipologías urbano-rural del nivel regional NUTS3 (unidad provincial en España) atendiendo a la metodología desarrollada por ESPON, que plantea una gradación urbano/rural innovadora que atiende a la proximidad a núcleos de población mayores de 50.000 habitantes a menos de 45 minutos por carretera. Fuente: ESPON Atlas. Recuperado de: <https://apps.espon.eu/ESPON Atlas/>

En definitiva, estamos haciendo mención a que los criterios, teorías y distintos métodos que hasta ahora habían procurado explicar la realidad de la urbanización encontraban contradicciones que ponían en cuestión la misma misma metodología, por partir de supuestos inmóviles (campo y ciudad, rural y urbano) que poco respondían a la realidad. Siguiendo con este discurso, expondremos a continuación la crítica epistemológica de Neil Brenner.

5.2 LA CRISIS EPISTEMOLÓGICA SEGÚN NEIL BRENNER

En un artículo de 2012 en *Le Monde Diplomatique* titulado “The world has become a city”, Philip S. Golub (2012) retomaba las palabras de Lewis Mumford dichas cincuenta años atrás: los pueblos y las primeras ciudades de la era preindustrial tenían una relación simbiótica con su entorno natural sin que la sociedad modificara en gran medida el equilibrio del ecosistema. Desde la revolución agrícola, que propició la aparición del sedentarismo (podemos considerarla también como la primera revolución urbana, como se refieren algunos autores (Soja, 2008), la proporción urbana de la población se mantuvo constante hasta la revolución industrial del siglo XIX, en torno al 10-12%. Sin embargo, en la actualidad el 50% de la población mundial es urbana, y las recientes previsiones de la ONU vaticinan un notable incremento en nuestro siglo hacia alcanzar, previsiblemente, entre un 75 y un 85 % hacia 2050.

Sin embargo, habría que tomar con ciertas reservas tal afirmación de la ONU. A día de hoy, la forma en que la ONU y las distintas administraciones estudian el fenómeno de la urbanización no ha variado demasiado con respecto a la forma en que, como ya hemos visto, lo hicieron Kingsley Davis y sus colegas. El problema con que se encuentran está en “el continuo desacuerdo sobre lo que hay que medir en el análisis de la urbanización mundial” (Brenner, 2016).

Como ya hemos anticipado, los mismos conceptos de “urbano” y “rural”, que se han venido utilizando para diferenciar los dos polos contrapuestos del proceso de urbanización, entran en crisis a la luz de las propias transformaciones que han sufrido *en sí mismos*, durante el propio proceso estudiado. El problema está en considerar “lo urbano” y, en contraposición, “lo rural”, desde un punto de vista epistemológico, como realidades ontológicas estancas que no se transforman con el mismo proceso. ¿Hasta qué punto, para estudiar los procesos de urbanización en la actualidad, tiene sentido seguir tomando como base la división ontológica entre campo y ciudad? Hemos visto que Lefebvre prontamente nos hace entender que ambas realidades, a pesar de mantener vestigios heredados de otros periodos históricos en sus paisajes, sufren cambios estructurales, más bien trascendentales, que lo llevan a postular el advenimiento de la “sociedad urbana”, en la que los antiguos campos y ciudades toman partido en la lógica global de manera distinta.

De esta forma, nos encontramos con absurdos bastante curiosos que dan cuenta de la lógica epistemológica que hay detrás de los porcentajes de la ONU, por los cuales se proclama la “era urbana”. Un ejemplo lo pone Brenner, con un extracto de Satterthwaite:

México podría considerarse un 74% o un 67% urbano en el año 2000, dependiendo de si los centros urbanos son asentamientos con 2.500 habitantes o más, o asentamientos con 15.000 habitantes o más. El nivel de urbanización de China en 1999 podría haber sido un 24%, 31% o 73%, dependiendo de cuál de las tres definiciones oficiales de poblaciones urbanas hubiera sido utilizada (...). En 1996, el 18% de la población egipcia vivía en asentamientos de entre 10.000 habitantes y 20.000 habitantes, con muchas características urbanas, incluidas una economía no agraria importante y estructuras ocupacionales. Estas poblaciones no fueron clasificadas como urbanas, a pesar de que sí lo habrían sido en la mayoría de las otras naciones. De considerarse urbanas, esto habría significado que Egipto era mucho más urbanizado, provocando cambios importantes en las tasas de crecimiento urbano (Satterthwaite en Brenner, 2016, p. 321).

Brenner critica este tipo de aproximaciones a la problemática de la urbanización actual por su marcado territorialismo metodológico. Concebir los territorios desde la dualidad urbano/rural lleva a asumir ciertos apriorismos que se alejan de una realidad mucho más heterogénea,

compleja y contradictoria, y dificultan la comprensión de los procesos de urbanización actuales. También sostiene que estos supuestos llevan a la consecuencia lógica de postular la “era urbana”, entendida esta como una etapa histórica en la que la población se concentra mayoritariamente en las ciudades, que puede reducirse a la simple idea de que, con el crecimiento de lo urbano, lo rural disminuye. Bajo esta premisa, “la posibilidad de que estos espacios de asentamiento puedan ser deconstruidos o transformados, en el proceso de reestructuración socioespacial queda excluida de la consideración por decreto” (Brenner, 2016). Es decir, ¿tiene sentido buscar lo rural y lo urbano en un contexto en que lo rural y lo urbano ya no son lo mismo, se han transformado e incluso, en muchos casos, presentan más similitudes que diferencias? O, de igual manera: ¿lo urbano se encuentra simplemente en las ciudades? Citaremos una ilustrativa descripción de la situación tomada de un texto de Ash Amin y Nigel Thrift:

La ciudad está en todos lados y en todas las cosas. Si el mundo urbanizado es ahora una cadena de áreas metropolitanas conectadas por lugares/corredores de comunicación (aeropuertos y líneas aéreas, estaciones y ferrocarriles, estacionamientos y carreteras, telepuertos y autopistas informáticas), ¿qué queda por fuera? ¿Acaso el pueblo, la aldea, el campo? Tal vez, pero solo parcialmente. Las huellas de la ciudad están en todos estos lugares como personas que viajan a diario entre su hogar y el trabajo, y también en forma de turistas, trabajo a distancia, medios de comunicación y urbanización de los modos de vida. La división tradicional entre la ciudad y el campo ha sido destruida (Ash Amin, Nigel Thrift en Brenner, 2013, p. 44)

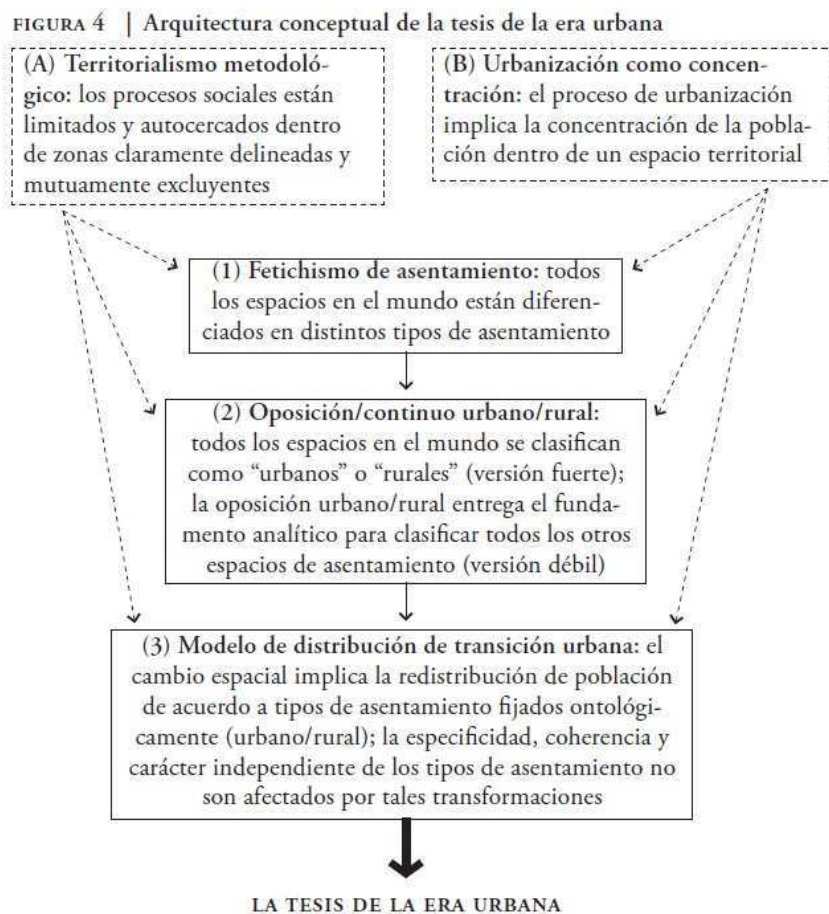


Ilustración 12: Arquitectura conceptual de la tesis de la era urbana. Fuente: BRENNER (2016)

A modo de resumen, nos valdremos de un esquema del propio Brenner (2016) que estructura el recorrido conceptual que hay detrás de estas teorías que hemos mencionado, expuesto en la ilustración 12.

En definitiva, Brenner sostiene que lo urbano no puede ser considerado más como una tipología particular de asentamiento espacial, no debe entenderse ni como “forma universal” ni como “lugar particular”, sino como “proceso histórico” continuo, cambiante, complejo que “agita” los territorios en toda su extensión (Brenner, 2016).

Consecuentemente, la categoría de “ciudad” ha quedado obsoleta como herramienta analítica de la realidad social, al menos en lo que a nivel teórico respecta, para comprender los procesos de urbanización contemporáneos. No es plausible a día de hoy caracterizar las diferencias entre las aglomeraciones urbanas más densas y las zonas menos densamente pobladas de una región a partir de la heredada distinción urbano/rural, a partir de la búsqueda de características propias y excluyentes de cada unidad del binomio.

Lo rural, a su vez, presentado en oposición a lo urbano, es una simplificación abstracta que entorpece la comprensión y que no refleja la auténtica realidad, complejidad y evolución contradictoria de lo que tradicionalmente se ha entendido como “medio rural”.

Además, bajo la premisa de las dos esferas urbano/rural, la aproximación a los procesos de urbanización se suele centrar en el efecto que estos tienen partiendo desde lo urbano, quedando la otra parte definida por negación, por oposición. Dicho de otro modo: lo rural se ha entendido tradicionalmente como lo que no es urbano y el estudio se ha centrado en la ciudad, reduciendo el marco de los procesos de urbanización a esta parte del territorio cuando, como hemos visto, su efecto se extiende, no ya solo por la totalidad del territorio estatal, sino a nivel global. De esta forma, lo rural adquiere el carácter de “caja negra” (BRENNER, 2016).

Resumiendo, citaremos ciertos párrafos de la introducción de Brenner y Schmid a la obra colectiva *Urban Constellations*:

Today, the urban represents an increasingly worldwide condition in which political-economic relations are enmeshed. [...] In our view, these geohistorical developments pose a fundamental challenge to the entire field of urban studies as we have inherited it from 20th century: its basic epistemological assumptions, categories of analysis and object of investigation require a foundational reconceptualisation in order to remain relevant to the massive transformations of worldwide socio-spatial organisation we are witnessing today. [...] As early as four decades ago, Henri Lefebvre put forward the radical hypothesis of the complete urbanisation society, demanding a radical shift in analysis from urban form to urbanisation process. However, a systematic application of this fundamental thesis has yet to be undertaken. [...] Lefebvre’s formulation provides a highly salient point for such an effort. (Brenner, Schmid, 2011, p.13).

6. LO URBANO Y LO RURAL ENFRENTADOS A LA GLOBALIZACIÓN: DISCURSOS CONTEMPORÁNEOS

[...] ha surgido una nueva división del trabajo a nivel mundial, división que no se basa en el producto (algodón de Lancashire, acero de Sheffield) sino en el proceso (finanzas a nivel mundial en Londres y Nueva York, oficinas de soporte en Berkshire y Westchester, ventas directas por teléfono en Leeds y Omaha). Siempre que se puede descentralizar una actividad para abaratar los costes se hace. De modo que a medida que la producción abandona los países ricos para ir a Tailandia y China, los servicios se trasladan a los alrededores de las grandes urbes o se sitúan en ciudades de provincias, de momento el único límite que existe son las barreras lingüísticas y culturales, impedimentos que, sin duda, pronto desaparecerán. Lo que permanece, y crece, es un conjunto de actividades muy especializadas basadas en el acceso a una información privilegiada y minoritaria: servicios financieros de carácter especulativo, servicios empresariales especializados que dependen de los contactos personales, medios de comunicación y similares (Hall, 1996, pg. 416)

A partir de los años 70, el modelo capitalista de posguerra mostraba claros síntomas de deterioro, fundado como dice Harvey (2019) en un “complejo acuerdo capital-trabajo” (podríamos llamarlo fordismo) que revertía en un fuerte intervencionismo estatal y en medidas de bienestar social y que había asegurado largo tiempo el proceso de acumulación de capital. En 1973 asistimos a una crisis económica, la primera gran recesión desde la Gran Depresión de los años 30, como consecuencia del embargo petrolífero y el aumento del precio del petróleo.

El impacto fue global y contribuyó a una fuerte reestructuración económica que acabó por asentar las bases de lo que comúnmente se llama neoliberalismo, capitaneado por Ronald Reagan (EE.UU.) y Margaret Thatcher (UK) y tendente, en definitiva, a una mayor liberalización de la economía. Esta reestructuración económica de tintes neoliberales sienta las bases para la “supresión de obstáculos que permiten la libre circulación de productos y servicios” (Hall, 1996, pg. 416). En este contexto se empieza hablar de *postmodernidad*, *postindustrial*, *postfordismo*, *globalización* y, en el ámbito de los estudios urbanos, se reconsidera la ciudad, la metrópolis moderna consecuencia de los procesos de industrialización/urbanización de principios de siglo.

Podríamos decir que este proceso de “integración global” tiene otro punto culminante en la definitiva caída del bloque del Este, en la desintegración de la Unión Soviética, desapareciendo las barreras para la consideración definitiva del triunfo del modelo capitalista norteamericano a nivel global, sin un Estado fuerte capaz de hacer frente a la otra realidad. De alguna forma, se generaliza el escepticismo ante las grandes metanarrativas, fenómeno que puede resumirse en la conocida frase “la muerte de los grandes relatos y el triunfo de los pequeños relatos”¹². Surgen multitud de discursos que, aunque dispares, se entienden como legítimos, partiendo de la base que toda ideología puede ser válida. No prima un discurso por encima de otro, un discurso que pretenda la osadía, ya desfasada, de totalizarlo todo. Esto se entiende como “autoritario”.

Todo ello, evidentemente, tendrá su alcance en los estudios urbanos, en la forma en que se considera lo urbano, en la forma en que se acomete la aproximación al problema de la cuestión urbana. El debate de fondo, simplificándolo mucho, está en si somos testigos de una fase posterior, pero en esencia la misma, de la modernidad o si podemos hablar de una fase cualitativamente distinta. Aquí retomamos el punto de partida, planteado en este trabajo en el

¹² Dos libros claves: David Harvey (1998): *La condición de la postmodernidad*, Amorrortu editores, Buenos Aires, y Perry Anderson (2016): *Los orígenes de la posmodernidad*. Akal, Madrid.

binomio industrialización/urbanización como generador, en última instancia, de la problemática urbana contemporánea. Los hechos más recientes, ¿contribuyen a replantearnos la validez de la premisa inicial para nuestros días?

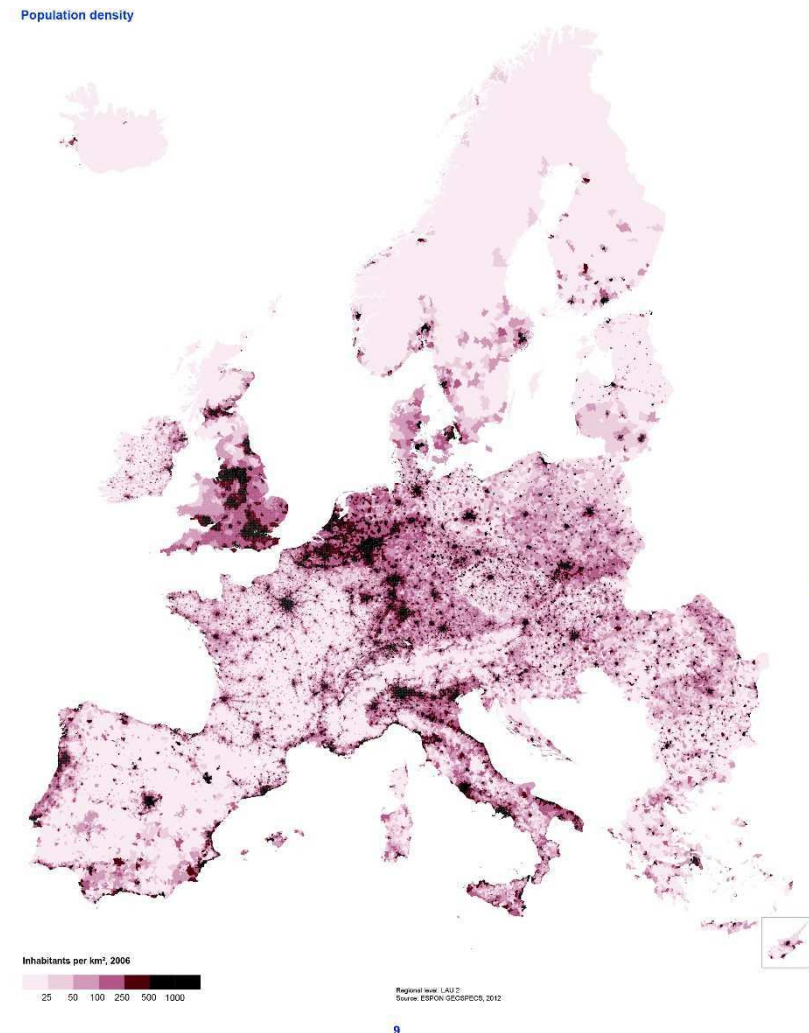


Ilustración 13: Densidad de población en Europa. Fuente: ESPON Atlas. Recuperado de: https://apps.espon.eu/ESPON_Atlas/

Otro aspecto importante, sin el cual no podemos entender el mundo contemporáneo, es el increíble avance en el mundo de la tecnología informática que llevará a Manuel Castells, como veremos más adelante, a postular “un nuevo e informal tipo de desarrollo que nace de la interacción entre las tecnologías de la información y las actividades que se derivan de su procesamiento, que ha creado un sistema articulado organizado de manera técnica” este énfasis en el “informacionismo” incluso lo lleva a considerar la posibilidad de que “la sustitución de los lugares por una red informativa” (Hall, 1996, pg. 414). Sin ir tan lejos, sí que aceptaremos lo evidente: el increíble avance de las telecomunicaciones ha contribuido enormemente a la globalización del mundo o, al menos, a verlo y entenderlo más globalizado.

La globalización, no solo económica, también cultural, y la reestructuración de la economía mundial que hemos mencionado al principio, van de la mano de la transformación de las

ciudades occidentales: los grandes focos industriales se desindustrializan y progresivamente se centran en actividades de dirección y gestión, adquiriendo gran importancia el sector financiero. A su alrededor se aglomeran servicios cada vez más especializados, necesarios por la cada vez más compleja división del trabajo. Estos centros se erigen en “ciudades globales”¹³ donde se concentra el cerebro director de los flujos de capital a nivel internacional.

Ante este panorama: ¿cómo afrontamos el tema que nos ocupa, el campo y la ciudad, lo rural y lo urbano? ¿Ante la idea de la globalización en todos sus sentidos, cultural, económico, etc., vemos realmente una homogeneización del territorio o se agravan las contradicciones? Por último, ¿la globalización es más una imposición ideológica a la luz de las últimas transformaciones o es un hecho innegable? Nos adentramos en debates contemporáneos, en un terreno fangoso y farragoso, convulso. Se han arrojado ríos de tinta y sacar cosas en claro puede resultar difícil. Además, no contamos en este sentido con la relativamente buena distancia temporal que nos permita contrastar con mayor claridad.

En este capítulo nos serviremos ampliamente del libro *Postmetrópolis* (2008) del geógrafo y urbanista americano Edward W. Soja. Aunque no lo citemos directamente, gran parte de los extractos de diferentes autores han sido sacados de su obra. En él, Soja expone seis discursos sobre la “postmetrópolis”, es decir, la ciudad postmoderna, reuniendo autores que tratan la cuestión urbana actual según temáticas o puntos de vista más o menos próximos. Entendemos, no sin cierta prudencia, que la obra de Soja es un buen compendio de los debates actuales en los estudios urbanos, además de ser en sí misma un buen ejemplo de ellos.

6.1. LA GLOBALIZACIÓN

Examinaremos primero la misma idea de globalización. Soja destaca la definición de Roland Robertson:

La globalización es concebida como la comprensión del mundo y la intensificación de la conciencia del mundo como un todo, lo que acarrea consigo la profundización y la ampliación de las relaciones sociales que conectan lugares lejanos de todo el mundo, de tal manera que los acontecimientos locales están configurados por acontecimientos que ocurren a muchos kilómetros de distancia y viceversa (Soja, 2008, p. 278)

A este respecto destaca la palabra “intensificación”, aludiendo a que “no es la globalización *per se* sino su intensificación en la conciencia popular (e intelectual) y el alcance y escala de las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales globalizadas (Soja, 2008, p. 278). Este detenimiento en la intensidad es interesante para comprender el carácter de la actual “globalización”. Analizaremos la problemática de otra forma. Primeramente, nos planteamos la

¹³ Hablamos del concepto de ciudad global de la socióloga Saskia Sassen: “La combinación de dispersión espacial e integración global ha creado un nuevo rol estratégico para las grandes ciudades. Más allá de su larga historia como centros de comercio y la banca internacionales, estas ciudades tienen hoy cuatro funciones completamente nuevas: primero, como puntos de comando altamente concentrados desde los que se organiza la economía mundial; segundo, como localizaciones claves para las finanzas y las empresas de servicios especializados o del terciario avanzado, que han reemplazado a la industria como sector económico dominante; tercero, como lugares de producción y de generación de innovaciones vinculadas a esas mismas actividades; y cuarto, como merca dos para los productos y las innovaciones producidas [...] Las ciudades concentran hoy el control sobre vastos recursos y los sectores de las finanzas y los servicios especializados han reestructurado el orden social y económico. De esta forma, ha aparecido un nuevo tipo de ciudad. Esta es la ciudad global. Ejemplos destacados en la actualidad son Nueva York, Londres o Tokio.” (Sassen, 2001, pp. 3-4).

pregunta inevitable de si anteriormente el capitalismo no ha tenido ya alcance global. A este respecto, la respuesta es afirmativa: desde el comercio preindustrial y la competencia internacional por las materias primas en el s. XVI hasta el capitalismo en su fase imperialista de finales del siglo XIX y principios del XX, disputándose el derecho de explotación de los territorios en un mundo ya globalmente repartido, hasta el punto, que los conflictos entre naciones desembocaron en dos guerras mundiales.¹⁴

La respuesta de los teóricos de la globalización sería la siguiente en palabras del mismo Soja: “En respuesta a aquellos que nos recuerdan que el capitalismo siempre ha operado a escala global, los globalistas que estudian la producción sostienen que lo que hoy está vigente es un nivel de globalidad cualitativamente nuevo” (Soja, 2008, p. 280). ¿Y qué ha provocado este nivel de globalidad nuevo? Como hemos ya introducido antes, a partir de los años 70 vemos un profundo proceso de reestructuración económica que es propicio para el desarrollo de esta “nueva globalidad”. Destacaremos algunas características que señala Soja: la desindustrialización de los territorios tradicionalmente industriales en Occidente y la industrialización de países del Tercer Mundo; la supresión progresiva de barreras para el movimiento de bienes, personas, servicios o información; la integración global de los mercados; la emergencia de corporaciones transnacionales; y la revolución en el sector de las telecomunicaciones y la información: red global de transmisión casi instantánea. Soja resume todas estas características en dos grandes grupos la globalización del capital y la globalización del trabajo, pretendiendo englobar todos los efectos de la globalización.

Castells incide en el último aspecto que hemos mencionado: la revolución tecnológica que se estaba presenciando ya en los años 90 como aspecto fundamental, si no el más importante, para la comprensión de la globalización. Sería imposible hablar de globalización sin hablar de su enorme influencia en todos los estudios relacionados. Con respecto a tal revolución tecnológica:

Asistimos a una de las revoluciones tecnológicas más extraordinarias de la historia, diría la más importante. Es una revolución centrada en las tecnologías de la información y la comunicación, lo que la hace mucho más importante que la revolución industrial en cuanto afecta el conjunto de la actividad humana (Castells, 2000, p. 43).

Castells postula el advenimiento de la sociedad informacional, que se caracteriza “por un modo de desarrollo informacional que había surgido de la convulsiva reestructuración del capitalismo y que había infundido este nuevo paradigma tecnológico a prácticamente todos los aspectos de la economía geopolítica” (Soja, 2008). De esta forma, las tendencias globalizantes y estructurales que hemos mencionado, que tienen su inicio en los años 70, adquieren su verdadera intensidad, su manifestación máxima, unidas a la revolución tecnológica centrada en las tecnologías de la información y la comunicación. El capitalismo ahora se estructura en complejíssimas redes globales que han acelerado y aportado nuevos matices a la forma en que suceden los procesos de acumulación, a la velocidad en que fluye el capital. La globalización, en palabras de Castells:

Es el proceso de articulación de las actividades estructurantes de todas las sociedades en redes planetarias que tienen la capacidad tecnológica, organizativa e institucional de funcionar como una unidad en tiempo real. Esta globalización es relativamente nueva simplemente porque las tecnologías

¹⁴ Nos parece imprescindible mencionar aquí la transición desde un capitalismo de corte liberal hacia un capitalismo de corte monopolista, que innegablemente supuso un salto tremendo en la escala del proceso de acumulación capitalista. El monopolio como consecuencia inevitable de la concentración de la producción. Además, también causa del monopolio las mayores necesidades en la búsqueda y explotación de materias primas que elevaron el conflicto a niveles internacionales. Lenin (2000): *El imperialismo fase superior del capitalismo*, Fundación Federico Engels, Madrid

de esta globalización son nuevas. Porque la capacidad de manejar el volumen, intensidad y complejidad de estas redes es infinitamente superior (Castells, 2008).

La globalización así entendida, retomando la idea de la “intensificación” como carácter diferencial, tiene su novedad con respecto a otras “globalizaciones” pasadas en el increíble salto tecnológico que hace posible el sostenimiento material de un sistema de redes de comunicación e intercambio de información de alcance planetario y con carácter casi instantáneo. De esta forma, para Castells la globalización actual es sinónimo de sociedad red, lo que lo lleva a considerar que “la globalización es, en definitiva, la expresión de una estructura social nueva” (Castells, 2008). Ahora bien, lejos de considerar la emergencia de un nuevo modo de producción como señala Soja¹⁵, quizás la globalización no sea más que la expresión máxima del capitalismo, que, a la luz de las últimas innovaciones tecnológicas, ha encontrado la forma de maximizar el ritmo de reproducción del sistema, suprimiendo o acortando las distancias, no ya con la invención de nuevos medios de transporte, sino con la consecución de un canal definitivo de transmisión de información instantáneo. La esencia natural del capitalismo se mantiene y se intensifica con la intensificación de su carácter global, que ya hemos visto que siempre ha sido una característica propia (e incluso una aspiración de los capitalistas) inherente al modo en que se reproduce el sistema para garantizar su perpetuación y crecimiento.¹⁶ Quizás podríamos decir que el mundo nunca ha sido tan capitalista, y en esto Castells hace énfasis, ahora que este puede extender sus redes de forma global, porque tiene capacidad tecnológica para ello, porque tiene una infraestructura propicia que garantiza su reproducción a ritmos nunca antes vistos.

Dicho esto, no es casualidad el panorama contemporáneo en cuanto a ritmos de urbanización se refiere: asistimos, como dice Castells, a la mayor ola de urbanización de la historia. Lejos de aquellos discursos de “los futurólogos” que pronosticaban que, con el Internet, las ciudades resultarían inútiles, vemos justamente lo contrario (Castells, 2008). A este respecto, recuperamos las palabras dichas por Castells en una de sus conferencias:

Allá donde las redes más importantes tienen nodos de conexión localizados, ahí es donde se constituyen las grandes aglomeraciones urbanas. [...] Cuando más redes coinciden en un nodo, más importante es ese nodo. Gran paradoja: gran concentración de actividades a nivel mundial y en términos espaciales (Castells, 2008).

Es decir, lejos de suponer un cambio en los patrones de urbanización, al revés, estos se han acentuado y han acrecentado la polarización territorial entre centro – periferia bajo nuevas formas, patrones “a través de los cuales el capital afirma su poder hegemónico sobre el espacio social” (Brenner, 2002). La ciudad, de esta forma, tiende a constituirse como nodo indispensable dentro de la geografía del capitalismo mundial. Las ciudades que están en el primer escalón de la jerarquía, de esta forma, pueden considerarse como ciudades globales, en el sentido de Saskia Sassen, concepto que ya hemos introducido. Sintetizando, todo el recorrido de la ciudad en las últimas décadas, contemplando la globalización en el sentido de Castells, puede resumirse en este párrafo de Brenner (2002):

¹⁵ Para Soja, Castells está describiendo la emergencia de “un nuevo modo de producción, en términos marxistas, que no había surgido de la reestructuración del capitalismo, sino más bien de un nuevo paradigma tecnológico en la continua producción y reproducción industrial capitalista.” (Soja, 2008, p. XXX).

¹⁶ Nos viene bien recordar esta frase de Marx en su *Contribución a la Crítica de la Economía Política*: “Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella.”

Primero, la emergencia de una nueva división internacional del trabajo desde fines de los años 60 fue el resultado, en gran medida, de la enorme expansión del rol de las ETN en la producción e intercambio de mercancías a escala mundial (Froebel, Heinrichs y Kreye, 1980; Dicken, 1991). Mientras que la antigua división internacional del trabajo se basaba en la producción de materias primas en la periferia y en la producción industrial en el centro, la NDIT ha exigido la relocalización de las industrias manufactureras hacia Estados periféricos y semiperiféricos en busca de fuentes baratas de fuerza de trabajo. En adición a la desindustrialización de muchas ciudades industriales del centro, este mercado global de sitios de producción ha exigido también una creciente concentración espacial de servicios de negocios y otras funciones administrativas dentro de centros urbanos predominantes del centro y la semiperiferia. Estas ciudades de "niveles superiores" se han transformado en nodos principales de toma de decisiones, planificación financiera y control dentro de cadenas de mercancías globalmente dispersas, y, por lo tanto, en puntos de apoyo centrales para las actividades mundiales de las ETN (Feagin & Smith, 1989). Esta concentración urbana intensificada de flujos globales de capital ha sido adicionalmente fortalecida por medio de las nuevas tecnologías informacionales, estrechamente ligadas a las economías de aglomeración de las ciudades, las que aceleran la comunicación y coordinación a escala global (Castells, 1995). Si la reciente ronda de integración geo-económica ha fortalecido la habilidad del capital para coordinar flujos de valor a través del espacio global, también se ha sustentado sobre lugares urbanos específicos dentro de los que las infraestructuras tecnológicas, institucionales y sociales están aseguradas (Sassen, 1991). Por lo tanto, aun cuando los costos de superar la fricción de la distancia en las transferencias globales de capital, mercancías e información han sido llevados casi a cero, las ciudades han permanecido como nodos locacionales fundamentales a través de los cuales los sistemas globales de producción e intercambio de mercancías están organizados (Brenner, 2002).

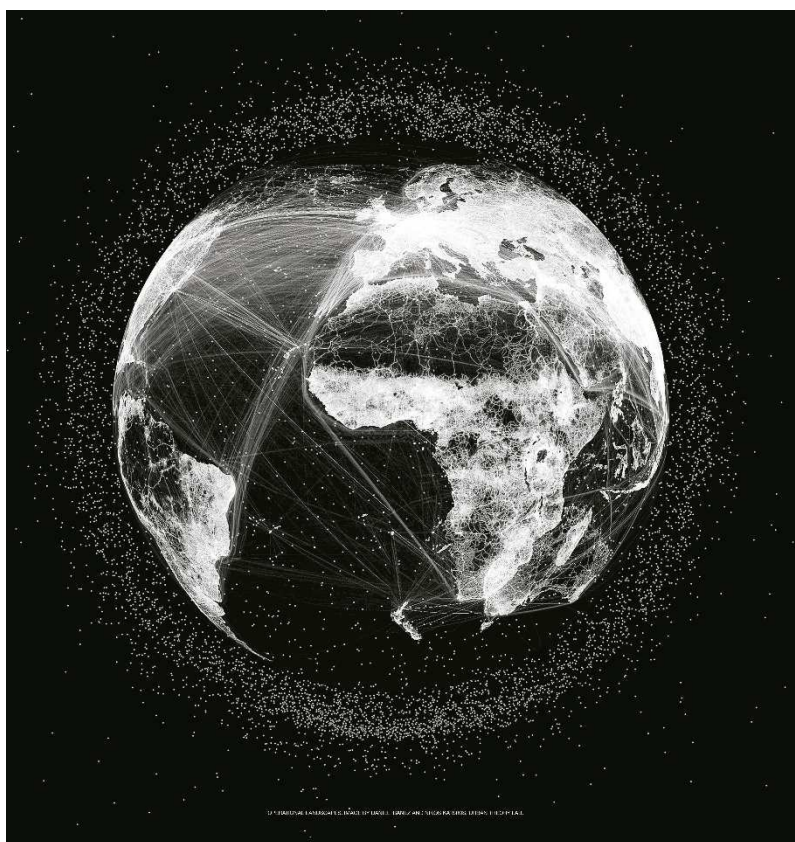


Ilustración 14: Exposición Operational Landscapes del Urban Theory Lab dirigido por Neil Brenner. Imagen de Daniel Ibáñez y Nikos Katsikis.

6.2 LA CONCILIACIÓN DE LOS OPUESTOS: LO LOCAL Y LO GLOBAL

El mundo de la globalización económica y tecnológica es el mundo del tránsito – destacándose todo ello sobre un trasfondo de consumo–. Los aeropuertos, las cadenas hoteleras, las autopistas, los supermercados [...] son no lugares en la medida en que su principal vocación no es territorial, no consiste en crear identidades singulares, relaciones simbólicas y patrimonios comunes, sino más bien en facilitar la circulación (y, por ello, el consumo) en un mundo de dimensiones planetarias (Augé, 2003 en HOMOBONO, 2019).

Aterrizando el discurso en la temática que nos concierne, todo lo que hemos tratado hasta aquí supone un conflicto a la hora de considerar la especificidad de los territorios, un conflicto, en definitiva, a la hora de reinterpretar lo local y lo global. De esta forma, ¿cómo podemos interpretar lo rural, lo específicamente rural en un mundo globalizado, en el que, además, la concentración de población en las principales aglomeraciones urbanas del planeta no cesa de crecer? La unión de la escala local y global, la interdependencia entre ambas escalas espaciales inevitable ante los efectos de la globalización, ha llevado a la búsqueda de nuevos conceptos que se adapten mejor. El neologismo *glocalización* muestra la voluntad manifiesta de tratar ambas esferas simultáneamente, de tratar la lucha contradictoria entre dos opuestos: frente a la presión globalizante, la resistencia de lo local, que muchas veces termina reafirmando con banderas identitarias. Lo local, aquí, puede servir para describir también aquellos discursos antiglobalización. ¿Quizás también la resistencia romántica “neorrural”? (Soja, 2008). A este respecto Soja señala al autor belga Erik Swyngedouw, uno de los que más ha tratado los temas acerca de lo *glocal*:

El quid de la cuestión no reside, por lo tanto, en si lo local o lo global tiene prioridad teórica o empírica en la conformación de las condiciones de la vida cotidiana, sino en el modo en que lo local, lo global y otras escalas geográficas relevantes (aunque en perpetuo cambio) son el resultado, el producto de procesos de cambio socioespacial. En otras palabras, la escala espacial requiere ser entendida en términos de algo que es producido; un proceso que es siempre profundamente heterogéneo, conflictivo y controvertido. La escala se transforma en el terreno y en el momento, tanto en términos discursivos como materiales, en los que las relaciones de poder socioespaciales son impugnadas y los compromisos son negociados y regulados (Soja, 2008, p. 290).

Lo *glocal* es un concepto que puede servirnos para entender como en el mundo contemporáneo conviven distintas esferas espaciales que se interconectan, se influyen mutuamente. Lo local nunca ha dejado de existir, pero inevitablemente está influido por lo global. La globalización, contrariamente a lo que algunos supusieron a principios del s. XX, no supone la homogeneización, sino que actúa, más bien, de forma contradictoria, añadiendo al espacio tradicional, definido y localizado, un orden superior que introduce lo lejano e invisible en lo local y familiar.

Estas dinámicas a veces se han descrito mediante pares como *deslocalización/localización*, *desterritorialización/territorialización*, *homogeneización/heterogeneización*, etc., que en definitiva describen cómo la globalización incide en el “orden próximo” entendido en términos lefebvrianos. En este sentido, Lefebvre entendió la ciudad como lugar de mediación imprescindible entre un “orden próximo”, el inmediato de los individuos, el de las relaciones sociales más obvias y próximas, y un “orden lejano”, el de toda la sociedad, “regulado por poderosas instituciones como la Iglesia y el Estado” y, quizás, pudiéramos añadir en este aspecto las tendencias globalizantes que actúan de igual manera (Lefebvre, 2017, p. 68). En palabras del autor:

Se sitúa en un punto medio, a mitad de camino de lo que se llama orden próximo (relaciones de individuos en grupos más o menos extensos, más o menos organizados y estructurados, relaciones de estos grupos entre sí) y orden lejano, el de la sociedad, regulado por grandes y poderosas instituciones (Iglesia, Estado), por un código jurídico formalizado o no, por una “cultura” y por conjuntos simplificativos. El orden lejano se instituye en este nivel superior, es decir, dotado de poderes. Se impone. Abstracto, formal, suprasensible y trascendente en apariencia, no es concebible fuera de las ideologías (religiosas, poéticas). Comporta principios morales y jurídicos. Este orden lejano se proyecta en la realidad práctico-sensible, e, inscribiéndose en ella, se hace visible. En el orden próximo y por este orden, persuade, lo que completa su poder de construcción. Se vuelve evidente por y en la inmediatez. La ciudad es una mediación entre las mediaciones (Lefebvre, 1978, p. 64).

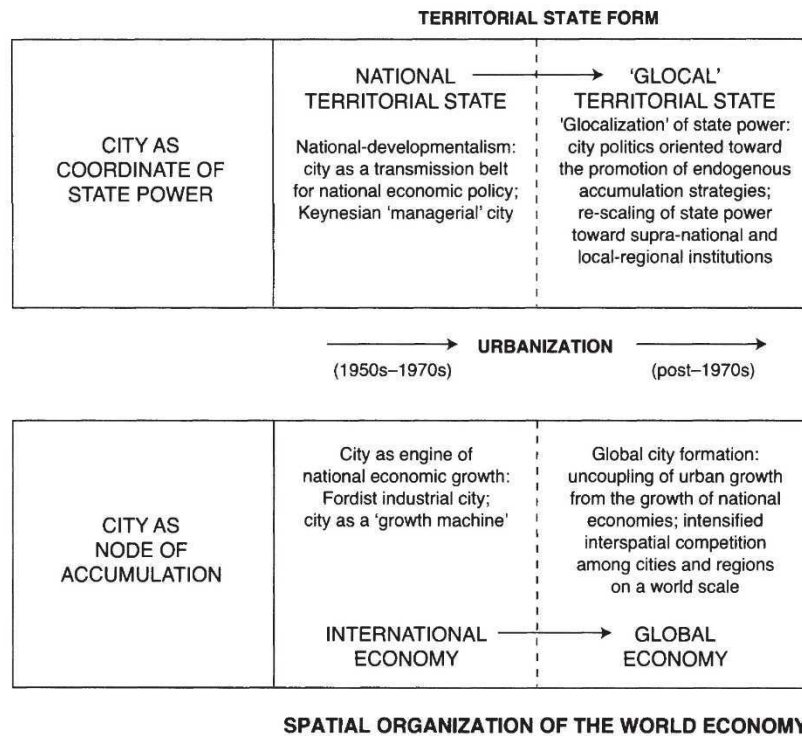


Figure 2 Urbanization, state forms and the world economy: Fordist and post-Fordist configurations

Ilustración 15: La evolución del rol de las ciudades y los estados bajo la óptica de la glocalización. Fuente: Brenner (2002)

En resumidas cuentas, la interrelación entre el “orden próximo” o local y los sucesivos órdenes lejanos, la influencia de lo global, determinan en la actualidad, a grandes rasgos y en todas sus acepciones, las características de los lugares. Desde esta perspectiva más sociológica, más subjetiva, más cultural, podríamos aproximarnos a cómo se inserta lo rural, o lo que queda de él, en un mundo globalizado. A respecto es interesante la reflexión de Homobono (2019):

Opera como catalizador una sensación de nostalgia por la pérdida de lo local, en términos de espacio físico, pero también a nivel de relaciones sociales y de valores morales; sentimiento de desenraizamiento que suscita reacciones románticas de arraigo al lugar (Featherstone, 1997:84-92); utilizando al efecto la revitalización de rituales festivos, como también de estrategias de puesta en valor del patrimonio local (asociaciones, museos). Multiplicándose con todo ello los referentes identitarios y los criterios de afiliación y pertenencia, surgiendo grupos identitarios transnacionales y/o translocales, con la cohabitación de identidades individuales y grupales complementarias.

[...] Pero la globalización o mundialización no ha conseguido eliminar la realidad, residual o no, ni menos la nostalgia por la vida local, evocada por la edición de libros de ese ámbito, por las jornadas de patrimonio y/o de paisaje lugareño e incluso por las investigaciones genealógicas de muchos aficionados, tratando de resucitar un pasado idealizado, mientras que su pueblo y su país están inmersos en un cambio ineludible. Tanto en los pueblos como en las ciudades se produce una multiplicación de nuevas fiestas, la revitalización de las tradicionales, de las conmemoraciones y diversas iniciativas culturales con el objeto de dinamizar la vida local y atraer a los turistas (Le Goff, 2012: 14) quienes, paradójicamente, portan la globalización que los lugareños tratan de paliar.

7. CONCLUSIONES: PERMANENCIAS Y CAMBIOS

El viejo París terminó (la forma de una ciudad
Cambia más rápido, ¡ah!, que el corazón de un mortal)

Baudelaire, *Las flores del mal*, 1861

En este Trabajo Fin de Grado se ha pretendido hacer una revisión teórica de las tradicionales categorías “campo” y “ciudad” o “rural” y “urbano”. La intención es clara: ante las transformaciones que hemos visto a lo largo del último siglo y los comienzos del presente, ¿qué ha permanecido y qué ha cambiado? ¿Siguen estando los territorios configurados en campos y ciudades, en zonas urbanas y zonas rurales? Dividiremos las conclusiones en dos partes: la primera, quizás más general, incidiendo en la interpretación del espacio; la segunda, más particular, dando respuesta a las preguntas concretas que nos hemos planteado desde el inicio.

7.1 LA DIMENSIÓN FUNDAMENTAL DEL ESPACIO

Volamos al inicio. Primero, hemos comenzado por entender que la configuración espacial de las sociedades humanas hasta día de hoy responde, en última instancia, a los procesos de acumulación definidos por las correspondientes relaciones sociales de producción. Campo y ciudad, para Marx, supuso la dupla dialéctica con la que expresar la impronta geográfica de la división social del trabajo tanto en sus orígenes (trabajo intelectual, trabajo manual) como, de forma más concreta y ya en su época, la lucha entre dos modos de producción contrarios. En definitiva, nos referimos a la forma en que el desarrollo contradictorio de la historia tiene su reflejo, necesariamente, en un desarrollo contradictorio en la configuración espacial.

Quisiéramos, en este punto, remitirnos a los fundamentos teóricos en que se basa este trabajo: no entender el espacio en términos absolutos, como escenario impasible de la historia. Con ello queremos decir que el desarrollo del espacio va indisolublemente ligado al desarrollo de la historia, hasta el punto, que muchos autores han enfatizado en la comprensión de las dimensiones histórica y geográfica del proceso social como un todo. Es decir, historia y geografía, *grosso modo*, tienen como objeto un mismo proceso.

De esta forma advertimos que la dimensión espacial de tales procesos históricos es fundamental para entender el conflicto inherente a las relaciones sociales de producción. En esto estamos con Harvey, pero no tanto con Soja, que parecería plantear, en su énfasis excesivamente “espacial”, que el espacio es la principal materia en disputa. El espacio podemos entenderlo como una forma socialmente configurada de la materia y, de esta manera, manifiesta intensamente los conflictos sociales. La desigual configuración espacial, la exacerbación en la polarización geográfica responde a los procesos de acumulación que configuran el territorio o lo han configurado, en última instancia, en campos y ciudades, en zonas urbanas y zonas rurales, o cualquier otra configuración, a lo largo de la historia. Quizás, a día de hoy, estamos ante la última matización de este proceso que hunde sus raíces en la industrialización/urbanización del territorio. Por globalización podríamos entender, así, las consecuencias más recientes de este proceso a la luz de las últimas reestructuraciones que han sucedido en las últimas décadas.

Podríamos añadir, siguiendo también a Harvey, que el sistema ha logrado, no solo superar las distancias absolutas del espacio para acelerar los ritmos en que este se reproduce, sino contraer el espacio y el tiempo en que tradicionalmente el proceso sucedía, hasta tal punto, que las redes de información se conectan de una forma casi instantánea. Si ahora, en lo local también participamos de lo global, si lo local y lo global conviven en un solo lugar, ¿qué sentido tienen, al menos a nivel teórico, las categorías que ponen límites espaciales, la diferenciación entre urbano y rural, campo y ciudad? Quizás la única diferencia pueda establecerse en cuanto a proximidad a los nodos que concentran y dirigen el proceso.

7.2 EL PROCESO PERMANECE, LAS CATEGORÍAS CAMBIAN

Nuestra conclusión es la siguiente: es obvio que las categorías no permanecen, lo que sí permanece es el proceso, aunque en forma cambiante. Es evidente que lo rural y lo urbano como categorías estancas, con características propias y excluyentes, no sobreviven ante este panorama, quedan obsoletas. Desde un punto de vista metodológico, incluso epistemológico, como dice Brenner, se hace necesaria la búsqueda de nuevas categorías para definir las nuevas particularidades territoriales que producen los contemporáneos procesos de urbanización.

No existe una separación clara en términos sociológicos entre lo rural y lo urbano, lo que no significa que exista una creciente homogeneización, como ya hemos visto, sino una suerte de hibridación, de interconexión, de influencia mutua. Sí permanece una separación física, aunque transformada y que sirve a nuevos propósitos, algo así como una superposición de paisajes anteriores y paisajes nuevos que conforman un nuevo paisaje. También hemos visto como los procesos de urbanización actuales no han cesado de acrecentar la concentración de la población en las mayores aglomeraciones urbanas del mundo, reincidiendo en la polarización, conformando un mosaico donde lo urbano y lo rural (o lo que una vez fuera urbano y rural bien distinguido) quedan completamente integrados, en el que todo suelo tiene su función en la lógica global (incluso lo pretendidamente “natural”, los “espacios naturales” protegidos, sirven al mismo propósito, quedan integrados).

Sí podemos decir que existen vestigios, herencias, permanencias del pasado, pero estas a su vez toman nuevos significados ante las inevitables interferencias entre lo local y lo global. Es decir, existe lo rural transformado y lo urbano transformado. Quizás, para llegar a cierta conciliación, podríamos hablar de lo *rural glocal* y lo *urbano glocal*. Así, siguiendo con esta lógica, desde el ámbito de lo local pueden entenderse muchos discursos que reivindican lo “rural” como respuesta al efecto de los procesos globalizantes. Estos discursos no dejan de ser románticos, fundándose en una identidad pasada y a todas luces idealizada. Incluso los hay aún más ambiguos, que se pretenden “rurales” y que en el fondo no buscan más que la definitiva llegada de las bondades “modernas” de “la ciudad” a la particularidad de su territorio, algo así como la definitiva colonización urbana/global, pero una colonización selectiva, buscando conservar las particularidades locales que los mantienen alejados de la fatiga, ruido y ritmos frenéticos de las grandes aglomeraciones urbanas, también ciertas reminiscencias, ciertas resonancias que permanecen de lo que una vez fuera el campo. Bajo estas ideas, bajo este pretendido *derecho a la naturaleza*, se esconde la nostalgia por la pérdida. Incluso, “lo natural” ahora sirve de vía de escape en forma de ocio: “la naturaleza se incorpora al valor de cambio y a la mercancía; se compra y se vende” (Lefebvre, 2017, pg 138).

En definitiva, lo que realmente es importante remarcar es el proceso por el cual se produce el espacio y, en este aspecto, Henri Lefebvre iba bien encaminado cuando, ante su pronóstico del inminente advenimiento de la sociedad urbana (una sociedad globalizada) dirige la mirada hacia la toma del control del proceso, hacia la toma del control para la conformación de una sociedad urbana no alienada. Su llamada es a ejercer el “derecho a la ciudad”, un derecho definitivo por medio del cual la sociedad liberada construye su propio espacio: este ya no es una imposición, un lugar en el que se está condenado a vivir. Pero tal cuestión, que a día de hoy parece de imposible aplicación ante la desorganización en torno a un objetivo común, pasaría por elevar la lucha a niveles globales y revolucionarios. En definitiva, cuando Lefebvre habla de “ciudad”, habla, por extensión, de todo el territorio:

Imposible concebir la reconstrucción de una ciudad antigua: solo es posible la construcción de una nueva ciudad, sobre nuevas bases, a otra escala, en otras condiciones y en otra sociedad. Ni retorno al pasado, hacia la ciudad tradicional, ni huida adelante, hacia la aglomeración colosal e informe.” (Lefebvre, 2017, pg.127).

8. FUENTES

A.A.V.V. (noviembre 1965), *Arquitectura*: número extraordinario dedicado al éxodo del campo a la ciudad, año 7, nº 83. Recuperado de:

<https://www.coam.org/es/fundacion/biblioteca/revista-arquitectura-100-anos/etapa-1959-1973/revista-arquitectura-n83-Noviembre-1965>

BAIGORRI, Artemio (1995): “De lo Rural a lo Urbano. Hipótesis sobre las dificultades de mantener la separación entre Sociología Rural y Sociología Urbana en el marco del actual proceso de urbanización global” en V Congreso Español de Sociología: Horizontes de incertidumbre – Granada

BAIGORRI, Artemio (1998): “De la terra ignota al jardín terrenal: Transformaciones en los usos y funciones del territorio en la urbe global” en *Ciudades: Revista del Instituto Universitario de la Universidad de Valladolid*, nº4, pp. 149- 164

BAIGORRI, Artemio (19XX): “La urbanización del mundo campesino” en *Documentación Social*, nº51, pp. 143 – 158. Recuperado de: <http://textosdeartemiobaigorri.blogspot.com/1983/08/la-urbanizacion-del-mundo-campesino.html>

BENÉVOLO, Leonardo (1981): *Orígenes del urbanismo moderno*. Blume ediciones, Barcelona

BRENNER (2002): “La formación de la ciudad global y el re-escalamiento del espacio del Estado en la Europa Occidental post-fordista” en *EURE* vol.29, nº 86 Recuperado de: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612003008600001#60

BRENNER, Neil (2013): “Tesis sobre la urbanización planetaria” en *Nueva Sociedad*, nº243, pp. 38-66

BRENNER, Neil y SCHMID, Christian (2011): “Planetary Urbanization” en *Urban Constellations* Ed. M. Gandy, Berlin: Jovis

BRENNER, Neil y SCHMID, Christian (2016): “La era urbana en debate” en *EURE*, vol 42, nº 127, pp 307-339

CAPEL, Horacio (1975a): “La definición de lo urbano” en *Estudios Geográficos*, nº138-139, pp 265-301. Recuperado de: <http://www.ub.edu/geocrit/sv-33.htm>

CAPEL, Horacio (1975b): *Capitalismo y morfología urbana en España*. Los libros de la frontera, Barcelona

CAPEL, Horacio (2010): “Urbanización generalizada, derecho a la ciudad y derecho para la ciudad” en *Scripta Nova*, Vol 14, nº 331. Recuperado de <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-331/sn-331-7.htm>

CAPEL, Horacio y VILÀ VALENTÍ, Juan (1970): *Campo y ciudad en la geografía española*. Salvat, Madrid

CASTELLS, Manuel (1991): *La cuestión urbana*, Siglo XXI, México

CASTELLS, Manuel (2000): “Globalización, sociedad y política en la era de la Información” en *Bitácora Urbano-Territorial*, Vol. 4, nº1, pp 42-53

CASTELLS, Manuel (2008): "Globalización: una visión mundial", ponencia en el Foro Internacional PUCV, Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=T6CTCGLZHjU>

CASTELLS, Manuel (2017): "Comunicación y poder", *master class* en la Universidad de Verano del Instituto 25M Democracia. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=wPNnSMSM5og&t=2823s>

CLIMENT LÓPEZ, Eugenio A. (1986): "El proceso de formación de un espacio rur-urbano: Lardero (La Rioja)" en Cuadernos de Investigación geográfica, tomo 12, pp 59-74

CONTRERAS NATERA, Miguel Ángel (2012): "Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y regiones. Edward Soja" en Cuadernos del Cendes, vol.29, nº 81. Recuperado de: http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1012-25082012000300009

DAVIS, Kingsley (1965): "The Urbanization of the Human Population" en *Scientific American* nº213, pp 3-15

DAVOUDI, Simin y STEAD, Dominic (2002): "Urban-Rural Relationships: An Introduction and Brief History" en *Built Environment* vol.28, nº4, pp 268-277

DOXIADIS, C.A. (1966): "Ecumenopolis" en *Ekistics* Vol. 21, nº 123, pp. 110-114

ENGELS, Friedrich (2002): La situación de la clase obrera en Inglaterra, preparada por JOJ y digitalizada por www.marxists.org. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/index.htm>

FIELDING, A.J. (1982): "Counterurbanisation in Western Europe" en *Progress in Planning*, vol.17, pp. 1- 52

GARCÍA BARBANCHO, Alfonso (1967): "Las migraciones interiores españolas y su repercusión sobre la población agraria" en *Revista española de estudios agrosociales y pesqueros*, nº200, pp 371-394

GARNIER, Jean-Pierre (2012): "El derecho a la ciudad desde Henry Lefebvre hasta David Harvey. Entre teorizaciones y realización" en *Ciudades* nº 15, pp 217-225

GAVIRIA, Mario [(1969)] (2014): "Los nuevos barrios periféricos en las grandes ciudades españolas (1969)" en *Encrucijadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales*, nº8, pp 230-245

GOLUB, Philip S. (2012): "The World has become a city" en KRISTIANASEN, Wendy(ed.): *The Best of Le Monde diplomatique 2012*, pp. 261 – 265, Pluto Press, Londres

GONZÁLEZ URRUELA, Esmeralda (1991): "Industrialización y desarrollo metropolitano en España" en *Ería: Revista cuatrimestral de geografía*, nº25, pp.199-216

GOONEWARDENA, Kanishka (2011): "Henry Lefebvre y la revolución de la vida cotidiana, la ciudad y el Estado", en *Urban NS* nº2, pp 25 – 79

HALL, Peter (1996): *Ciudades del Mañana. Historia del urbanismo del s.XX*, Ediciones del Serbal, Barcelona

HARVEY, David (1977): *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo XXI, Madrid

HARVEY, David (1990): *La condición de la postmodernidad*, Amorrortu editores, Buenos Aires

HARVEY, David (2008): "El derecho a la ciudad", en *New Left Review* nº53, pp 23-39

- HARVEY, David (2019): *La lógica geográfica del capitalismo*, Icaria editorial, Barcelona
- HOMOBONO MARTÍNEZ, José Ignacio (2019): "Glocalización: síntesis de lo global y de lo local" en Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía, nº37, pp 19-54
- LE CORBUSIER (1998): *Hacia una arquitectura*, Ediciones Apóstrofe, Barcelona.
- LEFEBVRE, Henri (1970): *La revolución urbana*. Alianza Editorial, Madrid
- LEFEBVRE, Henri (1978): *De lo rural a lo urbano*. Ediciones Península, Barcelona
- LEFEBVRE, Henri (2017): *El derecho a la ciudad*. Capitán Swing, Madrid
- LIMONAD, Ester y MONTE-MÓR, Roberto Luís (2012): "Por el derecho a la ciudad, entre lo rural y lo urbano" en Scripta Nova: revista electrónica de geografía y ciencias sociales, [en línea], 2012, Vol. 16. Recuperado de: <https://www.raco.cat/index.php/ScriptaNova/article/view/262994>
- MARX, Karl (2001): Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm>
- MARX, Karl (2002): El Capital. Capítulo XXIV. La llamada acumulación originaria. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/eccx86s.htm>
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich (1999): Manifiesto del Partido Comunista. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich (2001): Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista (Primer capítulo de La Ideología Alemana). Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/feuerbach/4.htm>
- OYÓN, José Luis (2002): "Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950" en Historia Contemporánea, nº 24, pp. 11 - 58
- OYÓN, José Luis (2010): "Història urbana com a historia social obrera: algunes reflexions sobre La quiebra de la ciudad popular" en Revista catalana d'història, nº3, pp 149-163
- OYÓN, José Luis (2010): "Una ciutat desigual" en Revista catalana d'història, nº3, pp 179-191
- PAQUOT, Thierry (2011): "Releer el derecho a la ciudad de Henry Lefebvre", en *Urban NS* nº2, pp 81-87
- RAMÍREZ, José Luis (1998): "Los dos significados de la ciudad o la construcción de la ciudad como lógica o como retórica" en Scripta Nova, nº27
- RUIZ RIVERA, Naxhelli y DELGADO CAMPO, Javier (2008): "Territorio y nuevas ruralidades: un recorrido teórico sobre las transformaciones de la relación campo-ciudad" en *EURE*, Vol 34, nº102, pp 77-95
- SASSEN, Saskia (2001): *The global city: New York, London, Tokio*. Princeton University Press, Princeton
- SASSEN, Saskia (2008): "Actores y espacios laborales de la globalización" en Papeles de relaciones ecosociales y cambio global, nº101, pp. 33 - 51
- SEVILLA-BUITRAGO, Álvaro (2015): "Urbanismo, crisis y austeridad" en *Ciudades* nº18, pp 31-48

SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier (2000): “Aproximaciones teóricas a los movimientos migratorios contemporáneos: Un estado de la cuestión” en *Historia Agraria*, nº21, pp 157 – 192

SJOBORG, Gideon (1955): *The Preindustrial City* en *American Journal of Sociology*, vol.60, nº5, pp. 438-445

SOJA, Edward W. (2005): “Algunas consideraciones sobre el concepto de ciudades región globales” en *Ekonomiaz: Revista vasca de economía*, nº 58, 2005, pp 44 – 75

SOJA, Edward W. (2008): *Postmetrópolis*. Fabricantes de Sueños, Madrid

SWYNGEDOUW, Erik (2010): “¡La naturaleza no existe! La sostenibilidad como síntoma de una planificación despolitizada” en *URBAN*, nº1, pp. 41 – 66

TERÁN de, Fernando (1982): *El problema urbano*. Salvat, Barcelona

WALBANK, Frank William (1978): *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente*. Alianza Editorial, Madrid

WILLIAMS, Raymond (2017): *El campo y la ciudad*. Ediciones Prometeo, Barcelona

